



**Los Diarios Perdidos
de Manuela Saenz
y otros papeles**



colección el pez en la red

Los diarios perdidos de Manuela Saenz y otros papeles

Recopilador
Carlos Álvarez Saá

FiCa

Bogotá-2005

ISBN COLECCIÓN 958-9091-67-9
ISBN DE LA OBRA 958-8239-07-9

Fuentes:

Manuela, sus diarios y otros papeles, Carlos Álvarez Saá.

Editor Rodrigo Villacis Molina

Portada: Retrato de Manuela, por Antonio Salas (1814)

- * volumen normal: \$12.000 P.V.P.
- ** volumen intermedio: \$15.000. P.V.P.
- *** volumen doble: \$ 20.000. P.V.P.

© Fundación para la Investigación y la
Cultura
Cali · Bucaramanga · Bogotá
E-Mail: gerrimo@cable.net.co

Diagramación e impresión:
Talleres Fica

Hecho en Colombia
Agosto de 2005

Contenido

Presentación	7
Carlos Álvarez Saá	
Nota del editor ecuatoriano	9
Biografía de Manuela Sáenz	20
Carlos Álvarez Saá	
Diario de Quito	55
Diario de Paíta	77
Diario de Bucaramanga	103
(de Perú de la Croix)	
Cartas a Manuela	107

Epistolario	110
Cartas sin fecha	172
Carta del General	
Antonio de La guerra a su esposa	178
Palabras Finales	181

Presentación

Carlos Álvarez Saá

Tengo la suerte y la responsabilidad de ser el poseedor de una parte de los documentos personales de Manuela Sáenz, a los que se daba por perdidos en el incendio ordenado por las autoridades sanitarias de Paita, de la choza donde ella murió, víctima de la difteria, el 23 de Noviembre de 1856. Estos inapreciables papeles y diversos enseres que no llegaron a consumirse por el fuego, fueron rescatados por el General Antonio de la Guerra, quien los entregó al General Briceño y este, a su vez, en el año de 1860, al Congreso Nacional de Colombia. El Congreso cumplió con disponer que se levanten los inventarios de rigor y se protocolicen los históricos folios.

Nada más se sabe oficialmente hasta que en 1985 empiezan a aparecer de manera misteriosa, tales documentos y tales enseres en Quito. Desde entonces se hallan en mi poder, ha sido objeto de una

cuidadosa clasificación y transcripción, y ahora se alojan en un museo de arte e historia dedicado a la heroína, para el cual ha sido restaurada una antigua casa del sector histórico de la capital del Ecuador.

Si bien estos objetos son legalmente de propiedad de la *Fundación Cultural Carlos Álvarez Saá*, por su trascendencia pertenecen al pueblo ecuatoriano y, desde luego, están a disposición de todos los investigadores de nuestro pretérito.

Nota del editor ecuatoriano

Leyendo en su transcripción original los diarios y las cartas de Manuela y de Bolívar que este libro rescata, tuve la segura impresión de que tales textos los traicionaban. El tiempo había hecho su efecto no sólo en el papel que les sirve de soporte, sino además en sus contenidos; ciertos giros sintácticos, algunas palabras (que también pueden ser errores del transcriptor), pero sobre todo una puntuación absolutamente arbitraria, distorsionaban o hacían confuso el pensamiento de esos personajes tan entrañablemente ligados a nuestra historia.

Recordé el caso de *Las Meninas*, cuyos primitivos colores, por la oxidación del óleo y otros factores, habían ido cambiando imperceptiblemente con el paso del tiempo, hasta convertirlo casi en otro cuadro. Pero un día, los directores del museo del Prado encargaron a un reconocido grupo de expertos la limpieza de la célebre obra de Velásquez, y, ante los

sorprendidos ojos del mundo, ésta resplandeció tal como en 1656 la había pintado el artista.

Pensé, entonces, que un fenómeno similar habría afectado a los escritos que tenía entre manos y, por encargo de Carlos Álvarez Saá, celoso tenedor de estos diarios perdidos de Manuela y otros papeles, me apliqué a limpiarlos con el más absoluto cuidado y el más grande respeto, para que no sólo los doctos investigadores pudieran ponerlos bajo su lupa, sino para que el hombre común disfrute también de su lectura.

Más en una polémica que no termina se ha dicho que los documentos que recoge este libro son falsos. En tal caso, pienso que no hay sino dos alternativas: o fueron copiados de los originales, o fueron inventados por alguien. Si lo primero, ¿dónde están los originales? Si lo segundo, ¿cual es la mente que ha sido capaz de una creación tan asombrosa?

Además, aún en la hipótesis no aceptada de que fueran una copia de los diarios «perdidos» de Manuela y de las cartas que los acompañan, su publicación ya sería, obviamente, un aporte extraordinario a la historia, porque de todas maneras llenarían un vacío importantísimo. Y en la otra hipótesis, igualmente inaceptable, tendríamos un genio ignorado, pero capaz de urdir un haz de páginas maravillosas, con un conocimiento tan profundo de los personajes y de los hechos, y con un talento fabulador tan extraordinario, que en este campo no tendría par.

Nota del editor ecuatoriano

Pero amén de esta argumentación, para mí es fácil creer en la autenticidad de estos documentos, por una razón muy personal: los siento impregnados de Manuela.

Rodrigo Villacís Molina

patas, como de un presidente en la corte, y de un
 secretario y otros confidentes, los de el tribu-
 na de Simón Bolívar, así como del general Sucre y
 otros documentos; un son de maraca, una
 guitarra, un son de maraca, una
 una guitarra, un son de maraca, una
 guitarra de la General de Sucre, y un son de maraca.

Estoy sinceramente conmovido por el celo con que por
 tu distinguida amiga guarda esos recuerdos del liberta-
 dor y como la ignorancia que se tiene a su
 respecto, pues guarda más la infamia de que se
 no destruyeron que la noble causa a la memoria
 de tan insigne hombre.

Mirada Peón, me enturbia más tus sentimientos
 con detalles que solo afectan la parte de tu belleza
 y de tu corazón más noble, profundo y que algún
 día pueda reguar a tu lado y permanecer por
 tior para siempre.

Tu enamorado y pose

Genl. Antonio M. de Sucre

A Dios guarde a el M. Peón.

P.D. Mi amor está en el alma, en la parte de la vida
 que recuerda de un día, cuando que fue para mí
 el cual sigue de un día, para mí, y pronto
 en un día, de la que en un día, y pronto
 en un día.

Antonio

Ayacucho, 10 de Diciembre de 1824

S. S. E.

Al Libertador, don Simón Bolívar

Señor Bolívar: + a la Hon. Junta General:

Después de haberme permitido a S. E. que de los
 combates, hechos en Ayacucho, que heus visto, padece
 el honor de S. E. y de los señores que han presen-
 tado al transferir de la división a mi mando. He tra-
 ducido por consecuencia a S. E. Manuel de Sosa
 por su talento, su valor, su fidelidad y su
 espíritu, organizando y formando a S. E. el
 honor de los tiempos, distinguido por el valor y la
 lealtad en los combates, los señores, regate-
 ros a los señores de la división, que han formado
 una división en este combate, don Manuel
 me ha honrado por haberme por un combate
 por haberme merecido el grado de Coronel de B.

Doy fe a las 10
 A. J. de Sosa

Carta de Antonio José de Sucre al Libertador, fechada el 10 de diciembre de 1824 en el campo de batalla de Ayacucho, solicitándole el grado de coronel del Ejército Colombiano para Manuela.

Paita a febrero 3 de 1843

Acabo de ayer vino en visitarme un viejo
amigo del libertador, el cocinero de sus ho-
spedes, por el haber estado en la cabecera
de Lima durante el tiempo que me ocupé las
cosas con tanta multitud de favorecimien-
tos para todos: amigos y enemigos. Simón
Rodríguez o Samuel Robinson o el hecho
en ambos. Tanto nombres para enmascarar
una sola cosa ser benéfico o todo.

De todas maneras hablamos y discutimos
mucho de figura a fantasma (a su opinion)

Muy entrado en sus conversaciones por los 83, al-
gún encorvado, su pelo blanco como de
edad y con bastón. No desearé nunca
porque desigualmente pendiente de sus neque

Página del Diario de Paita en la cual Manuela relata la
visita de Simón Rodríguez

Mi corazón palpita al estallar
 cuando Don Juan Lanca escribió: "S. E.
 es para mi delegado presentarle a
 la señora Manuela Sáenz de Throuse.

S. E. Bolívar me miró fijamente con
 sus ojos negros que querían descubrirlo
 todo y sonrió.

Le presente mis disculpas por haber
 la ~~presentado~~ y él me replicó diciéndome:
 me: "Mi estimada señora, si, es usted
 la bella dama que a incendiado
 mi corazón al tocar mi pecho con su
 corona. Si todos mis soldados tuvieran
 esa pureza yo habría ganado
 a muerte todos los batallas". Me
 avergué un poco, era que S. E.

Página del Diario de Quito, en la cual Manuela realta su
 primer encuentro con Bolívar.

Simón sabrá que yo lo amaba con mi
 vida misma. Al principio 10h. 1 am
 desahado ————— taba de hacer
 de unger, de secretaria, de escribiente,
 soldado buzo, de espora, de inquisi-
 tora con un traucigante. Yo me hitaba
 p' hacer. Ya, los comulthaba con el, con
 se las imponia, y como el se le goaba,
 rebotar por mi locura de amante y
 alique habra todo.

Como soldado buzo fui encargada
 de manejar y cuidar el archivo y de
 sus tramites de la oficina del dia.
 De mi casta q' enonables, y de nuestras
 tortas, esposio, y bollos.

Mi mayor amor de go' en mi vida
 responsabilidades inmensas que yo agrediendo

appropiando, y bionto que pay
 aqui para no poder de q

Mia Carolina Manuela

"Donna pietosa e di novella etate,
 adorna assai di gentilezze umane,
 ch'era la 'u'io chi m'avevo morte,
 veggendo li occhi miei pier di-
 pietate,

e ascoltando lo pianto vano,
 si mosse con pianto e pianga forte.

E altre donne, che di fuoro accorte
 di me, per quella che meco piangia
 fecer li partir via,
 e appressarsi per farmi sentire.

Qual dicea: Non dormire.

Divina Comedie. Paradiso

Giuseppe Garibaldi

Paita porto - Julio 25/40

Los versos del Dante que dejara Giuseppe Garibaldi a Manuela, como recuerdo de su visita.

Biografía de Manuela Sáenz

Carlos Álvarez Saá

En el Siglo XVIII, la Corona española reorienta su política frente a las colonias americanas en términos económicos y jurídicos con la finalidad de conseguir una dependencia más acentuada y mayores excedentes. En este sentido la Real Audiencia de Quito se vio afectada fundamentalmente por dos fenómenos: la caída de la producción minera de Potosí y la competencia textil con Europa, que afectaron a todas las clases sociales. Estas causas, que dieron lugar a una pobreza generalizada, más la influencia de las corrientes filosóficas europeas de la Revolución Francesa, gestaron ideas separatistas en las colonias de España.

Es la nobleza criolla la que organiza, en la Real Audiencia de Quito, los primeros movimientos políticos, que data de diciembre de 1808. Trece años antes —diciembre de 1795, y en ese ambiente altamente insurrecto, había nacido en Quito Manuela

Sáenz Aizpuru, cuyos padres fueron Simón Sáenz, español y regidor de Quito, y doña Joaquina Aizpuru, quiteña, que contaba 29 años de edad al nacimiento de Manuela.

Ella enfrenta desde la cuna el drama de la vida. Su madre, doña Joaquina Aizpuru muere el 25 de enero de 1796, según consta en la partida rubricada por Máximo Parra en el Libro de defunciones No. 6, folio 15 de la parroquia «El Sagrario».

Simón Sáenz su padre, se ve abocado a un grave problema, una hija recién nacida y huérfana, ¿Qué podía hacer?, entregarla en custodia a un convento de religiosas, y este sería el Monasterio de Santa Catalina, donde se supone pasó sus atribulados tres o cuatro años. Después, Simón Sáenz la lleva a su casa, donde Manuela se gana el cariño de su madrastra, a quien llama «mamacita».

De la permanencia en la casa paterna, Manuela tiene gratos recuerdos; anota, por ejemplo, en su diario: «He vuelto a leer con favorito empeño ‘*Los Pastores de Belén*’, prosas y versos divinos de Lope de Vega Carpio. Cómo me anima esta lectura y de qué manera me recuerda cuando niña en casa (se refiere, sin duda, a la casa paterna) frente al nacimiento...»

La vivacidad e inteligencia de la niña emocionan a Simón Sáenz, quien contrata los servicios de artistas connotados para retratar a Manuela y sus hermanastras. Se conserva un óleo sobre vidrio que

muestra a dos niñas jugueteando en un jardín, y en cuya parte inferior izquierda se lee: «Retrato de juego de las niñas Eulalia Sáenz de Vergara Campo Larrahondo, Valencia: Manuelita Sáenz Aizpuru, hijas del muy ilustre Regidor del Cabildo de Quito Don Simón Sáenz de Vergara, a los 7 días del mes de mayo, año de gracia 1803.» Otro retrato representa a una monja con dos niñas: Manuela con una hermana y, posiblemente, sor Teresa Salas, su tutora, quien le enseñó las primeras letras.

Manuela habría de relatar después, que recibe instrucción «entre curas y monjas», y Sor Teresa Salas le obsequia un devocionario con dedicatoria de especial contenido: «Para mi dueña Manuelita Sáenz. T. S.

Gracias a su talento natural y a su dedicación al estudio, Manuela adquiere un elevado nivel cultural. En este sentido es muy elocuente la anécdota que ella misma narra en su diario, relativa a su primer encuentro con Simón Bolívar en Quito, cuando se enfrascaron, «mano a mano», en la cita de escritores clásicos griegos y latinos. Esas lecturas afinaron, sin duda, su preparación filosófica, diplomática y militar, que tanto habían de servirle después, en su vida junto al Libertador.

La escasa o ninguna documentación existente entre 1814 y 1816, excepto un retrato hecho por Antonio Salas y fechado en 1814, así como las referencias de Manuela Sáenz a su niñez, conducen a suponer que tuvo una infancia estable y feliz.

Durante la pubertad, Manuela pasa gran parte del tiempo en la hacienda de Catahuanho, propiedad de su tío Domingo Aizpuru, clérigo y cura de Yaruquí; está siempre acompañada de sus fieles e inseparables sirvientas, Nathan y Jonathás, y su principal distracción en esa época fue montar a caballo por las vastas extensiones de lomas y prados, donde adquirió un gran dominio del difícil arte de la jineta, al mejor estilo masculino. Esa habilidad la pondrá de manifiesto cuando se incorpore al ejército patriota.

A los quince años de edad, Manuela sufre un gran impacto emocional al ver de cerca los acontecimientos del 2 de agosto de 1810, cuando los patriotas que un año antes habían dado el primer grito de libertad, fueron salvajemente asesinados por soldados del batallón Real de Lima, acantonado en Quito. Para escarmentar a la población, cortaron las cabezas de las víctimas y fueron expuestas en los sitios más concurridos de la ciudad. Pero, más bien, estos sucesos acicatearon el odio contra los realistas e inclinaron a muchos por la causa revolucionaria. Y así, en aquella época, Manuela comienza a reunirse en secreto con jóvenes patriotas quiteños.

En 1816, en uno de tantos viajes a Panamá con su padre, es presentada a James Thorne, quien se prenda de la belleza y distinción de Manuela, a la cual doblaba en edad, y no tarda en conseguir, de don Simón Sáenz, el arreglo matrimonial. Manuela

lo acata, según la costumbre de la época, y el matrimonio se realiza en Lima el 27 de julio de 1817, cuando ella contaba 21 años. Simón Sáenz dota a su hija con 8.000 pesos que, en esa época, representaban una respetable suma.

A raíz de matrimonio, Manuela se radica en Lima, donde pone en práctica su credo revolucionario, influyendo decididamente en el cambio del batallón realista Numancia, al cual pertenecía su hermano José María, a las filas patriotas. Así mismo se reunía con patriotas peruanos, para avivar el fuego de la revolución. Enterado de lo cual, el protector San Martín la condecora con la «Orden de Caballeresa del Sol».

Es la época en que Manuela conoce y, por su coincidencia y comunión de ideas libertarias, hace estrecha amistad con Rosa Campuzano, íntima de San Martín. Gracias a esta relación, Manuela se entera de muchas particularidades del carácter y costumbres del Protector, que oportunamente revelará a Bolívar, quien, a su vez, aprovechará esa información para salir airoso en «el asunto de Guayaquil», porque le permitió conocer mejor a su oponente.

A fines de 1821, Manuela consigue autorización de su marido para viajar a Quito, con el objeto de reclamar a su tía materna, Ignacia Aizpuru, la herencia de su abuelo, y el reclamo termina con un «arreglo amistoso, gracias a una influencia superior». Este viaje, que realiza a principios de 1822, significa su definitiva separación del doctor James Thorne, con

quien nunca alcanzó un buen entendimiento, y más bien sus relaciones estuvieron permanentemente empañadas por los celos. La diferencia de edades y caracteres conspiraron siempre contra la armonía conyugal del doctor y Manuela.

Mientras tanto, el General Antonio José de Sucre reúne a su ejército en la ciudad de Pasaje, con la consigna de marchar hacia la Sierra para hostilizar al ejército realista que operaba en el Departamento de Quito, provocando escaramuzas y combates como señuelo, con la intención de impedir que se reúnan con las tropas realistas del Perú y con los alzados de Pasto.

De aquel mismo año de 1822 se da la Batalla de Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito, y en cuyos preparativos participa Manuela, a pesar del riguroso control impuesto por los realistas.

Desde el 19 de mayo de 1822, Manuela relata en su diario el inicio de las hostilidades, y el hecho de haberse presentado voluntariamente a colaborar con el Ejército Independentista como un soldado más, inclusive con la obligación de tomar las armas para alcanzar la ansiada independencia de Quito. Manuela organiza con sus dos sirvientas, un operativo para conocer las posiciones, estrategias y fortificaciones del enemigo, a fin de informar a los Generales Patriotas.

Manuela llevaba consigo la flama independentista ofreciéndose a tomar parte en la lucha, sin embargo,

la alta oficialidad no da curso a su pedido, pues ni su marido en Lima ni su padre en Quito dieron el respectivo permiso debido a que su solicitud era totalmente inusual. Esta situación, en lugar de defraudarla, la motiva en alto grado siguiendo al ejército patriota en la batalla de Pichincha. Y así participa en la ayuda a los heridos, calmando sus dolencias con aguas de amapola y bálsamo del Perú. En su diario destaca que envió una recua de cinco mulas con provisiones para el Batallón Paya: «No espero que me paguen por esto; pero si este es el precio de la libertad, bien poco ha sido...».

Para el día 25 de mayo, Manuela da cuenta de las fiestas y alegría que reinaba en la ciudad de Quito por el valiente triunfo patriota y la consiguiente capitulación impuesta por el Mariscal Sucre a los realistas, siendo Aymerich quien rubricara por los derrotados.

Estos sucesos permiten a Manuela entablar amistad con la cúpula militar, en especial, con Antonio José de Sucre. Con sagacidad ella nota el egoísmo y ambición de algunos oficiales como el Coronel Córdoba, quien además de displicente, pretende igualarse en gloria y valor al Libertador Simón Bolívar. Comenta esta observación suya con Sucre, quien responde que «hay que tolerar cierta insolencia de los oficiales, pues de todas maneras es con ellos que se ha logrado la victoria».

Después de la Batalla de Pichincha, Manuela espera con mucho anhelo la llegada de Simón Bolívar,

a quien ansía conocer, pues entiende que su presencia en Quito legitimaría el establecimiento de la República. El hecho destaca la gran preocupación de Manuela por los aspectos socio-políticos y de seguridad de los nuevos territorios independizados. El 16 de junio de 1822, se cumple esta aspiración, con la entrada triunfal del Libertador, que ella describe con frases emocionadas. En esta fecha memorable para la historia de la ciudad, Simón Bolívar entra a la cabeza de sus batallones y, a su derecha, Antonio José de Sucre; los jefes, oficiales y tropa con los mejores uniformes y condecoraciones. Pues esta es una verdadera parada militar, en la cual se admira la marcialidad y elegancia de los cuerpos del ejército que avanzan al compás de cornetas y tambores, el pueblo de Quito los recibe con alegría, música, flores y arcos triunfales. Con verdadera algarabía, todos quieren ver y tocar a los héroes que les han dado la Independencia. Simón Bolívar fue conducido hasta la Plaza Mayor, donde se reunieron autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad para darle la bienvenida. Manuela cuenta, que para simbolizar su valor y patriotismo, había preparado una sorpresa al Libertador, quien alzó su mirada que se cruzó fugazmente con la de ella; sonrió y alzando la mano la saludó, y ella quedó entre aturdida, emocionada y feliz.

A la noche, en el baile de la victoria organizado en honor de Bolívar, Manuela asiste en compañía de su madrastra y su hermano José María, derrochan-

do elegancia y distinción e impresionando a Bolívar. Es presentada ante él por el anfitrión don Juan Larrea y, en un ambiente propicio para dar cabida a los sentimientos, se encuentran los espíritus solidarios de Manuela y Simón, iniciando una relación afectiva que los convertiría en una de las parejas más célebres de la historia romántica de todos los tiempos.

El baile se prolongó hasta altas horas de la noche y todos los asistentes notaron que El Libertador sólo tenía ojos para Manuela, quien le correspondía con agradable conversación. Al bailar, Manuela critica alegremente el ritmo «ridículo y anticuado» del minué, anotando que éste debería peremnitzarse con algún recuerdo. Por lo cual, años más tarde, Bolívar le obsequiaría una pulsera repujada en plata con la imagen de un cortesano invitando al baile a una dama.

Bolívar pide a Manuela una cita dos días después del baile de la victoria. Si bien Bolívar había conquistado el amor de Manuela, éste no sabía que se trataba de una mujer de elevado criterio y de excelente formación cultural.

Manuela demuestra un alto conocimiento sobre autores clásicos griegos y latinos y Bolívar se sorprende al encontrar una dama con belleza y sabiduría, de lo cual quedó hechizado entregándose desde ya en cuerpo y alma. Bolívar le pide que sea «su confidente».

El inicio de esta relación produce en la vida de Manuela un conflicto muy serio. Bolívar permanece

18 días en Quito, lapso en el que se repiten sus encuentros, y es tiempo suficiente para conocerse y tratar temas políticos, militares, estratégicos y diplomáticos. En este contexto, Manuela se manifiesta sobre el «asunto de Guayaquil», que a Bolívar ya venía preocupándole, tanto que, por correspondencia, había acordado una entrevista con San Martín sobre el tema. Manuela consideraba que los problemas de este Puerto eran sumamente delicados, ya que a más de la pretensión bolivariana, habían, otras dos, que menoscabarían la integridad territorial, la primera, sostenida y defendida por los patricios guayaquileños que pretendían la independencia para transformarla en un microestado y, la segunda pretensión y más grave, es esgrimida por el Protector San Martín apoyada por elementos guayaquileños. Este viajaba a Guayaquil con la idea de arreglar con Bolívar la anexión de esta ciudad al Perú.

Terminantemente, Manuela expresa a Bolívar: «... Vaya usted en persona e impresione a los indecisos, acójalos bajo la protección de la República de Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de este Puerto y de su Provincia...».

Bolívar, en comunicación de enero 2 de 1822 a José Joaquín de Olmedo, le dice: «...usted sabe mi amigo que una ciudad con un río no puede formar una nación. Qué tal absurdo sería un señalamiento de un campo de batalla para dos estados belicosos que lo rodean... me he determinado a no entrar a

Guayaquil sino después de ver tremolar la bandera de Colombia... Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América impere en su territorio».

Ante esta situación, Manuela aduce que para el desarrollo económico del Departamento de Quito se necesita de Guayaquil como puerto de salida al exterior, que tanto que Bolívar considera que Colombia tiene derecho respecto de Guayaquil ya que fueron sus tropas al mando de Antonio José de Sucre quienes completaron su liberación.

Bolívar llega a Guayaquil el 13 de julio de 1822 y toma posesión política y militar de esta plaza, mientras Manuela arriba a la hacienda «El Garzal» el 19 de julio para instalarse en ella gracias a una invitación de amigos de Simón Bolívar y pasar juntos unos días con él.

La entrevista entre el Libertador Simón Bolívar y el Protector San Martín se desarrolla los días 25, 26 y 27 de julio de 1822 teniendo, como resultado final, la ratificación de la integración de Guayaquil al territorio colombiano. De inmediato, Bolívar se traslada a la hacienda «El Garzal» para reunirse con Manuela.

De esta manera, se relajan las tensiones políticas que existían respecto a Guayaquil.

En «El Garzal», la pareja disfruta de completa felicidad, el placer de amar, y de la dicha de saberse indispensables para la persona a quien apasionadamente aman.

Simón Bolívar y Manuela Sáenz comparten preocupaciones militares y responsabilidades políticas,

produciéndose así una suerte de simbiosis que, en lo posterior, hace imposible concebir a Manuela sin Bolívar y viceversa. Ella encuentra la felicidad, gracias a la comprensión de un hombre de la talla de Bolívar, con quien compartió estrechamente el mismo compromiso con la historia.

Mientras Manuela regresa a Quito, Bolívar parte hacia Cuenca y Loja a principios de septiembre; realiza varios viajes por los territorios que actualmente conforman la República del Ecuador, y eventualmente pasa cortas temporadas con Manuela. Entre septiembre de 1822 y agosto de 1823, los encuentros que se suceden no suman más de 30 a 40 días.

En setiembre de 1823, Bolívar se encuentra en Lima y allí se entera de un levantamiento ocurrido en Quito (plaza que estaba bajo la custodia del General Salom) y sofocado gracias a la intrepidez de Manuela, a quien le escribe expresándole la gratitud y admiración. En la misma carta le pide que se traslade a Lima, para hacerse cargo de la secretaría de la campaña libertadora y de su archivo personal, mientras ordena al General O'Leary realizar los arreglos necesarios para recibir a Manuela y para su incorporación al Estado Mayor General con el grado de húsar.

A mediados de octubre de 1823, Manuela se encuentra en Lima asumiendo las nuevas responsabilidades. El Libertador demuestra la profunda confianza que tiene en Manuela, quien, a su vez, aprove-

cha la oportunidad para demostrar su capacidad organizativa, entereza y fidelidad para con Bolívar y la causa patriota.

Al informarse de las particularidades de la campaña, la perspicacia de Manuela le permite notar la actitud negativa del vicepresidente colombiano Francisco de Paula Santander en relación con la independencia peruana, y se entera de ciertos reveladores comentarios hechos por éste a sus confidentes: «... Dejemos que el Libertador se pase al extranjero, al Perú, sin autorización; a fin de cuentas hace lo que le da la gana. Así será como el Congreso podrá librar-se de él y de esa astuta mujer que es su compañera fiel; no le enviemos tropas, ni pertrechos; se joderá la cosa y no sabrá que hacer ya, sin gobierno ni mando...».

Manuela sugiere que, en adelante, Bolívar firme y fecha las comunicaciones consignando lugares fuera del territorio peruano, para que Santander no pueda conseguir sus indeseables propósitos. Y ella se dedica al trabajo con tanta perseverancia que no encuentra tiempo para su relación afectiva con el Libertador, quien se distraía, mientras tanto, con otras damas. Es famoso el episodio del «arete indiscreto» que encontrara Manuela entre las sábanas de su cama.

En Lima, Manuela se perfecciona en la disciplina militar, al tiempo que, gracias a la correspondencia que mantiene con Bogotá, sigue muy de cerca todos los movimientos de Santander, y por mérito propio

no tarda en ser ascendida al grado de teniente de húsares.

En febrero de 1824, Bolívar cae enfermo en Patilvica, y Manuela sale hacia allá, en compañía de algunos patriotas, para reunirse con él. En esos mismos días, ella expresa su preocupación por los acontecimientos políticos y militares del Perú, donde es notoria la reacción del pueblo en contra del gobierno y las tropas Independentistas. Una comunicación fechada el 26 de mayo de 1824 en Huamachucho, confirma el hecho de que Manuela continúa en los Andes peruanos, pero son escasos los días que coincide con Bolívar, a pesar de encontrarse en el mismo ejército.

Desde el cuartel general de Huaraz, Bolívar le escribe a Manuela, el 9 de junio, invitándola a marchar juntos hacia Junín, y siete días después recibe esta respuesta: «... mi amado, las condiciones adversas que se presentan en el camino de la campaña que usted piensa realizar, no intimidan mi condición de mujer; por el contrario, yo las reto...

¡Qué piensa usted de mí! Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no?...» Manuela continúa su marcha con el Ejército Patriota, y el 6 de agosto de 1824 se da la batalla de Junín, en la cual toman parte activa los dos, y por su destacada actuación ella es ascendida a capitán de húsares, con responsabilidades en las áreas estratégica, económica y sanitaria de su regimiento.

Poco tiempo después de la batalla de Junín, Bolívar se traslada urgentemente a Lima, enterado de los graves acontecimientos en esa ciudad, donde se había dado un golpe revolucionario contra la República. En el trayecto organiza un ejército con el que entra victorioso a Lima, aplastando el brote sedicioso. Mientras tanto, Manuela marcha con el ejército libertador por los Andes peruanos y mantiene a Bolívar enterado de los pormenores del avance hasta su llegada a Ayacucho. En una carta fechada el 26 de septiembre de 1824 en Andahuaylas, él le pide a Manuela que aparente su presencia en ese campamento y «...que todos los batallones sepan que el Libertador y Presidente está allí, con ellos..., para no lesionar su moral combativa», y que ella se quede «pasiva ante el encuentro con el enemigo».

Al parecer, Manuela tenía la intención de regresar a Lima para estar junto a Bolívar, quien, en carta escrita en Chalhucanada el 4 de octubre de 1824, le suplica que se quede junto al ejército, para que informe sobre todo lo que ocurra en ese cuerpo militar, porque «... Al mantenerme al tanto de todo lo que acontece allí, puedo mirar dos frentes, seguro de encontrar el respaldo que tú lograrás en ese cuarte».

El 24 de octubre del mismo año, Bolívar escribe a Manuela contándole que el Congreso colombiano le ha despojado de las facultades extraordinarias de que se hallaba investido, para confiarlas al vicepresidente Santander, su principal rival, y enemigo ocul-

to. Con lo cual se veía privado de todo apoyo de Colombia para la lucha independentista en el Perú.

Para la campaña peruana, Bolívar y Manuela auspician la recolección de chatarra; de las iglesias confiscan las campanas para fundirlas, desbaratan las bancas y asientos para sacar los clavos de estaño y utilizar ese metal en la fabricación de armamento; fomentan la instalación de talleres para hilar lanas y otras fibras y para tejer los paños destinados a la confección de los uniformes de la tropa. Complementan esta labor, con la recolección y requisa de oro y plata por toda la zona, para solventar los gastos de la campaña, y para contrarrestar la criminal desatención creada por las manipulaciones de Santander.

El 9 de noviembre de 1824, Bolívar escribe a Antonio José de Sucre, desde Chancay preocupado por la situación de Manuela dentro del ejército: «... ruego que como superior de usted, de cuidar absolutamente a Manuelita de cualquier peligro. Sin que esto desmedre en las actividades militares que surjan en el trayecto o desoriente los cuidados de la guerra...».

El 9 de diciembre de 1824 se da la batalla de Ayacucho, y al día siguiente de la gloriosa victoria, en el mismo campo de Marte y siguiendo la tradición castrense, el Mariscal Antonio José de Sucre da parte al Libertador Simón Bolívar de los pormenores de la lid, dentro de los que destaca, muy especial-

mente, la valerosa y decidida actuación de Manuela en los siguientes términos: «...pues incorporándose desde el primer momento a la división de Húsares y luego a la de Vencedores: organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos... Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta, por lo que ruego a Su Excelencia le otorgue el grado de Coronel del Ejército Colombiano».

Al recibir este parte, Bolívar le escribe a Manuela, manifestándole su sorpresa porque «... mi orden de que te conservaras al margen del cualquier encuentro peligroso con el enemigo, no fuera cumplida»; pero añade: «...a más de tu desoída conducta, halaga y ennoblece la gloria del Ejército Colombiano, para el bien de la patria y como ejemplo soberbio de la belleza imponiéndose majestuosa sobre los Andes. Mi estrategia me dio a consabida razón de que tu serías útil allí; mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón, el estandarte de tu arrojo para nombrarte como se me pide, Coronel del Ejército Colombiano».

Al conocer Santander el ascenso de Manuel al grado de coronel de húsares del ejército colombiano por su participación en la batalla del 9 de diciembre, pone a Bolívar una comunicación pidiéndole, textualmente, «que degrade a su amiga», alegando que el ascenso se debía a razones personales, lo cual

«es un oprobio para el glorioso Ejército Colombiano». Bolívar le contesta en carta del 17 de febrero de 1825: «¿...qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy ascenso, sólo con el propósito de hacer justicia. Yo le pregunto a usted 'se cree usted más justo que yo? Venga entonces y salgamos juntos al campo de batalla y démosles a los inconformes una bofetada con el guante del triunfo de la causa del Sur. Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que «No sean su fervor por la completa Libertad de los pueblos, de la opresión y la canalla'. ¿Que la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un ejército se hace con héroes (en este caso con heroínas) y éstos son el símbolo del ímpetu con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor...».

Las felonías de Santander revelan su odio contra Bolívar y Manuela; odio recíproco, por otra parte, que permanecería latente hasta el final de sus días.

Las relaciones afectivas entre Manuela y Bolívar son, por entonces, netamente epistolares, debido a las constantes separaciones. El 14 de abril de 1825, ella le escribe desde Lima: «...Comprar perfumes, vestidos costosos, joyas no halagan mi vanidad. Tan sólo sus palabras logran hacerlo. si usted me escribiera con letras diminutos y cartas grandotas yo

estaría más que feliz.» Y desde el cuartel de Ica, Bolívar le responde, el 21 del mismo mes, quejándose: «Sin embargo todo se empaña en la remembranza de tu imagen vestal y hermosa, casi que causante de esta lucha interna de mi corazón que se halla entre mis deberes: la disciplina, mi trabajo intelectual y el amor. No sabes Manuela mía cómo te ansía este corazón viejo y cansado, en el deseo ferviente de que tu presencia lo rejuvenezca y lo haga palpar de nuevo al ritmo de como sano!...».

Mientras Manuela continúa en Lima, Bolívar le da cuenta desde el cuartel general de Ica, en carta fechada el 26 de abril de 1825, de la marcha que realiza con destino al Alto Perú, para crear una nueva república. Pero también le dice cosas como ésta: «...Separarnos es lo que indica a cordura y la templanza; en justicia ¡odio obedecer estas virtudes!», reveladoras de una permanente batalla interior entre su amor hacia Manuela y el problema social que planteaba la situación civil particular de ella, mientras Manuela daba poca o ninguna importancia a tal cuestión.

Desde Lima, el 1 de mayo de 1825, Manuela replica a Bolívar en los siguientes términos: «...No hay que huir de la felicidad cuando ésta se encuentra tan cerca, y tan sólo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida...» Manuel opina sobre la moral y el derecho de los seres humanos para amarse libremente. Otras expresiones

describen el sentir de Manuela «Dígame usted: ¿quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se amen; pero atados a convencionalismos y llenos de hipocresía. ¿Por qué Su Excelencia y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaría siempre a la persona con quien me casé?...».

Pero al mismo tiempo, Manuela se preocupa de la cambiante geopolítica de los territorios recién liberados, y hay motivos para pensar que ella le sugirió al Libertador la creación de un nuevo Estado entre Perú y Argentina: la Nación Bolívar, que luego se llamaría Bolivia. Así mismo, su mirada abarcaba más allá de su tiempo, como puede verse por esta carta que le dirige a Bolívar el 28 de mayo de 1825: «La inteligencia de Su Excelencia sobrepasa a los pensamientos de este siglo, y bien sé que las nuevas generaciones de esta provincia y de América seguirán el resultado de las buenas ideas de usted en procura de una libertad estable y hacienda saludables».

En correspondencia del 8 de junio de 1825, desde el Cuartel de Arequipa, Bolívar relata los agasajos y honores de los que es objeto por la creación y constitución política de la Nación Bolívar: «...Se mi amor que en esto no hay otra cosa que los ensueños

de tu maravillosa imaginación...», dice, reconociendo tácitamente que la idea fue de Manuela.

A partir de junio, Bolívar escribe varias cartas sin respuesta de Manuela, cosa inusual en él, quien se encontraba eufórico ante la enorme satisfacción que tenía en la formación de Bolivia y en agradecimiento a Manuela por su contribución. Poco después los dos se reúnen en la quinta «La Magdalena», en Lima, sede del Gobierno y residencia del Libertador. Manuela goza de la gloria y del poder, admirada y mimada por el pueblo. Las reuniones sociales miradas y mimadas por el pueblo. Las reuniones sociales eran casi diarias, con gran derroche de alegría y lujo. Pero esta situación se deteriora cuando comenzaron a soplar vientos de descontento en todos los países bolivarianos.

En este estado de cosas, Bolívar resuelve viajar a Venezuela para poner orden en ese país y sofocar los brotes de insurrección. En medio de un festejo, abandona la reunión, venciendo las protestas de aquellos convidados eternos a sus fiestas, que le suplicaban que no parta, que no los abandone, sin embargo, al poco tiempo los mismos lo expulsaban del Perú. Encarga a Manuela y a sus generales vigilar la situación política y salvaguardar al gobierno peruano; pero en ausencia del Libertador se produce una revuelta y los peruanos aducen que las tropas que les dieron libertad son tropas extranjeras y de ocupación. Varios generales colombianos y venezolanos

son tomados presos y Manuela interviene con la intención de defender la estabilidad de la república, mas es detenida y recluida en el Monasterio de las Carmelitas, su inquietud y arrojo la llevan a intentar la evasión. Todo en vano, ya que le dan el ultimátum de «... salir inmediatamente del Perú o ser definitivamente confinada en una cárcel...».

Expulsada del Perú, Manuela le escribe a Bolívar desde Guayaquil, el 7 de febrero de 1827, dándole a conocer que va rumbo a Quito con aquellos que sufrieron su misma suerte: el Cónsul Azuero y el General Heres, e informándole con respecto a los desórdenes de Colombia. «...Santander está detrás de todo esto y alentando a Páez...», le dice, atendiendo a su intuición.

Posteriormente, Bolívar le contesta desde Caracas el 5 de abril: «... Tu hazaña ha dejado la huella del respeto que te mereces, pero también ha sembrado la semilla del amor, rencor y odio gratuitos que nos son comunes y semejantes cuando más al estar juntos...». Bolívar le desea el arreglo de sus asuntos pendientes en Quito y verla nuevamente en Bogotá.

En 1828 Manuela se encuentra en Bogotá donde contacta con los partidarios de Bolívar a quienes los incita para que participen en las reuniones de Santander y enterarse de los complots que se fraguaban en contra del Libertador, en varias ocasiones, Manuela advierte a Bolívar que «se cuide las espaldas ya que algunos de sus generales no son de fian».

Manuela le tenía tanta adversión a Santander, que lo hizo «fusilar» en efigie, representándolo como un muñeco de trapo, bajo un árbol de la quinta de Bolívar, en Bogotá. Esto causó tanto revuelo, que las quejas y reclamos llegaron hasta el Libertador. Este tomó el asunto en broma y al general Córdoba, quien le lleva el reclamo, le contesta: «... Los oficiales que han tomado parte en esto son nuestros héroes, que nos han acompañado desde Carabobo hasta Ayacucho. Los soldados han sido fieles y disciplinados; ¿qué quiere usted que haga con mi amable loca? Esto déjelo como está...».

Quizá como retaliación, los opositores y enemigos de Manuela y Bolívar hicieron, poco después, un castillo de fuegos artificiales para conmemorar una fiesta, en el cual colgaron un muñeco representando a Bolívar, con el mote de «longanizo», y una muñeca con el letrero «tiranía», ridiculizando a Manuela. Cuando ella se entera del asunto, ordena a sus sirvientas ensillar los caballos y, entre las tres, organizan una carga de caballería que desbarata el castillo ante el estupor de los habitantes de Bogotá.

Manuela fue siempre la consejera de Bolívar, y por tanto no es de extrañar que el 28 de mayo de 1828, le consulte sobre la conveniencia de solicitar Facultades Extraordinarias en la Convención de Ocaña: «... La Gran Colombia se sumerge en la discordia de los partidos y no queda otro camino que sucumbir ó la dictadura. ¿Qué me aconsejas?...». Se

supone que Manuela, con su carácter enérgico, debió de aconsejarle la dictadura, puesto que ella conocía de las maquinaciones de los partidos políticos de oposición y de los enemigos de Bolívar, amén de las rivalidad y odios entre los dos partidos políticos más importantes de Colombia: bolivariano y santanderista.

La oposición responde con violencia, llegando al punto de organizar complots para asesinar a Bolívar. El 29 de julio de 1828, Manuela descubre y advierte a Bolívar del atentado que en contra de su vida traman Santander, Córdoba, Carujo, Serna y otros seis «dadinós», y le revela incluso el santo y seña acordado en esta confabulación.

El 1 de agosto de 1828, Manuela le sugiere a Bolívar no asistir al baile de disfraces organizado en el Teatro Coliseo de Bogotá, porque en aquella reunión los complotados debían asesinarlo. Mas el Libertador no hace caso y acude. Manuela utiliza un artificio para que Bolívar abandone el lugar, al presentarse disfrazada y organiza un escándalo llamando la atención a los presentes; Bolívar avergonzado se retira y salva su vida.

El 7 de agosto del mismo año, Manuela insiste en que tiene en sus manos «todas las pistas del complot que prepara Santander para asesinarle...» pero Bolívar tampoco toma en serio esta advertencia. Los acontecimientos culminan en la famosa y comentada «noche septembrina», cuando Manuela, con in-

creíble sangre fría, salva otra vez la vida del Libertador. Ella se gana ahí el título de «Libertadora del Libertador».

De la correspondencia entre Bolívar y Manuela se deduce que, durante 1825 y gran parte de 1826, es breve el tiempo en que los amantes pasan juntos; posteriormente, se reunirán a fines de 1827 y en 1828 en Bogotá. Ahí trabaja junto a Bolívar hasta 1829 en asuntos políticos internos de Colombia. En 1830, Bolívar renuncia a la Presidencia de la República y, a los pocos días, Manuela y Urdaneta dan un golpe de Estado, se toman el poder y piden a Bolívar que se haga nuevamente cargo de la Presidencia. Éste responde: «...No puedo ejercer un poder que no sea legítimamente constituido...». Mientras tanto la Gran Colombia se desintegra.

Bolívar y Manuela se separan la mañana del 8 de mayo de 1830. El Libertador emprende viaje a Cartagena de Indias, con el fin de trasladarse a Europa para cuidar su quebrantada salud. Manuela se queda en Bogotá a la espera de sus noticias. Desgraciadamente, este habría de ser un viaje sin retorno, pues al cabo del Víacrucis de sus últimos días, Bolívar muere en San Pedro Alejandrino, el 17 de diciembre de 1830.

Se ha dicho que, con la separación de Bolívar y Manuela, se terminó su relación afectiva. Pero ellos siguieron escribiéndose, reclamando él, permanentemente, la presencia de ella, como lo prueba en sus

cartas, de Soledad, el 10 de septiembre de 1830; de Cartagena, el 20 de septiembre de 1830; de Turbaco, el 2 de octubre del mismo año, en la cual Bolívar expresa desgarradoramente: «Donde te halles, allí mi alma hallará el alivio d tu presencia aunque lejana. Si no tengo a mi Manuela, ¡no tengo nada! En mí sólo hay los despojos de un hombre que sólo ser reanimará si tu vienes. Ven para estar juntos. Ven te ruego. *Tuyo Bolívar.*

En aquellos días, poco antes de su muerte, Bolívar le envía una plumilla dibujada por José María Espinosa, con la siguiente leyenda: «A S doña Manuela Sáenz: Su Excelencia recuperado poco después de un ataque de bilis, ruega a usted un poco de su compañía...».

Manuela, preocupada por el estado de salud del Libertador, se encuentra en permanente contacto con Perú De Lacroix, quien se compromete a informarle sobre la evolución de la enfermedad. De Lacroix comunica que el estado de salud de Bolívar se agrava, y que sólo se espera el desenlace fatal. Manuela sale inmediatamente de Bogotá con rumbo a San Pedro Alejandrino, pero al llegar a un pequeño pueblo llamado Guaduas recibe la noticia trágica. Su desesperación la induce a intentar el suicidio con la picadura de una serpiente venenosa, más los moradores del lugar salvan su vida con la oportuna aplicación de un antídoto natural.

Con la muerte de Bolívar cambia radicalmente la situación política, económica y social de Manuela,

quien queda desamparada en Bogotá a merced de sus enemigos. Es despojada de su grado militar y de la renta correspondiente, y expulsada de Colombia.

Se traslada a Jamaica, en tal pobreza que se ve obligada a realizar menesteres humildes para ganarse el sustento. Se dedica a envolver cigarrillos y, como eso no es suficiente, comienza a vender sus pertenencias. Viaja al Ecuador para arreglar su situación económica con el cobro de sus créditos pendientes y para hacerse cargo de la hacienda «Catahuango». Pero nunca llegó a Quito ni entró en posesión de su hacienda ni de otras pertenencias, fue expulsada por el Presidente Constitucional Vicente Rocafuerte, quien suponía que ella regresaba a tomar venganza por el asesinato de su hermano José María a manos de las tropas del Gobierno. Aunque, quizás, lo que movió a Rocafuerte fue, más bien, el miedo al poder político y militar que podría readquirir Manuela; por lo cual la hace detener en Guaranda y la destierra, sin consideración alguna a Paita, Perú.

Al llegar a esa ciudad, Manuela es recibida con cariño y afecto por sus habitantes, quienes inclusive organizan en su honor diversos festejos populares; además, de la entrega de un pergamino conmemorativo firmado por los principales de ese puerto.

En Paita realiza grandes esfuerzos para sobrevivir, recurriendo a la preparación de dulces y confites, al tejido de crochet, a la venta de cigarrillos, a las tramitaciones aduaneras y a las traducciones inglés-

español. Manuela sigue siendo una mujer extraordinaria, y no le es difícil incorporarse a la vida cotidiana en Paita. Fue madrina de muchos niños, a condición de que se les bautizara con los nombres de Simón o Simona.

A pesar de su situación, Manuela se mantiene informada de los sucesos de su tierra natal, y constantemente escribe al General Juan José Flores, dándole cuenta de las actividades de sus enemigos; ya que Paita era el refugio preferido de los opositores políticos de los regímenes de turno del Ecuador y de los desterrados. Manuela estuvo siempre dispuesta a colaborar con sus coterráneos, entre ellos, el mismo Gabriel García Moreno, a quien ayudó a conseguir casa de habitación. A pesar del cariño que ella recibe de los vecinos de Paita, se siente sola al no tener familiares ni amigos cercanos y, lo que era mucho más, sin el amor de Bolívar; sólo su gran fuerza de carácter la hace sobrevivir ante el total desamparo.

Son largos y constantes los momentos de reflexión de Manuela, quien recuerda su vida pasada a través de sus diarios, cuyas páginas son de profundo contenido filosófico; unas veces, recordando con tristeza y, otras, burlándose de ciertas situaciones y de sí misma. De los intensos recuerdos amorosos con Bolívar, en ocasiones, escribe cartas a Bolívar, muerto, tratando de mantener encendido su amor «...Qué señor mío este Simón, para robar mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones. Lo amé en vida

con locura; ahora que está muerto, lo respeto y lo venero...».

Los diarios de Manuela ponen en evidencia su capacidad de heroína y, si cabe, de mártir; lo cual deja sin mancha su honra y le confiere un sitio destacado en la historia, por derecho propio. Ningún detractor ha podido comprobar que Manuela tuviese un romance y peor un desliz antes de conocer a Bolívar, o mientras mantuvo relaciones afectivas con él. Y aun muerto, ella le fue fiel. Las difamaciones de que fue objeto no pudieron comprobarse, motivadas, como estaban, sólo en la envidia y el odio. Manuela no realizó acto alguno que la avergonzara o ridiculizara ante el Libertador. Mientras estuvo en Paita, donde transcurrió la última etapa de su vida, fue ejemplo de dignidad y corrección para todos aquellos que la conocieron.

Como distracción, y jocosamente vengativa, Manuela tenía algunos perros a los cuales puso los nombres de los generales que fueron contrarios a ella y que habían traicionado a Bolívar: Páez, Córdoba, Santander y Lamar. En el diario de Paita nos cuenta: «...Santander está viejo y cojo, pues le pasó un coche, y hay que fusilarlo para que no sufra, se me va la vida con mi perro...».

Durante su estadía en Paita, Manuela recibe las visitas constantes de personalidades políticas de aquella época, como José Garibaldi, el 25 de julio de 1840. En su diario narra con exquisito gusto el grato

encuentro y, como recuerdo, el gran patriota italiano le deja un verso de Dante, escrito con su puño y letra y con su firma.

En febrero de 1843, Manuela recibe la visita de Simón Rodríguez, tutor de Simón Bolívar, quien va en busca de ella y de sus recuerdos del Libertador. Llegan también, en romería laica, políticos como el joven colombiano Carlos Holguín y escritores como el peruano Ricardo Palma. ¿Qué importancia dieron estos personajes a Manuela, para que desvíen su ruta y entren a Paita exclusivamente a entrevistarse con ella? ¿Querían estos señores conocer y gozar de la cultura y agradable conversación de Manuela, o saber la verdad sobre los acontecimientos que se sucedieron entre ella y Bolívar, o nutrirse de las opiniones acerca del contexto político de la época, o enterarse de los pormenores de aquellos gobernantes que, ostentando el poder, no le permitían regresar a su patria y la tenían recluida en el Puerto de Paita?

Durante 1855 y 1856, Manuela continúa en ese puerto, sin incentivos que la ayuden a salir de la tristeza y abandono en que se hallaba. Ya no escribe cartas a sus familiares y amigos de Quito, puesto que se cansó de pedir favores y recibir ingratitudes. Esta situación merma su fortaleza y la sume en esa soledad propia de los grandes personajes en el ocaso de sus días.

Al llegar noviembre de 1856, el puerto de Paita es asolado por una epidemia de difteria, cuyo medio de contagio fue un marinero bajado a puerto, la

peste se propagó con tal virulencia que la mayor parte de la población sucumbió. En casa de Manuela, todas enfermaron. Jonathás, quien fuera su sirvienta y compañera desde su niñez, de travesuras primero y más tarde en las campañas militares, muere el 23 de noviembre de 1856, y el mismo día, pocas horas más tarde, Manuela Sáenz cierra los ojos para siempre.

Sus restos mortales fueron sepultados en el cementerio general de la ciudad y, después de varios años, exhumados y depositados en el olvido de una fosa común. Las autoridades sanitarias ordenan la incineración de las casas infectadas por el mal. Pero cuando las llamas se apoderaron de la casa de Manuela, el general Antonio De La Guerra se hace presente en el sitio y recupera de entre los escombros, con la ayuda de dos de sus sirvientes, un arcón semiquemado, que contenía documentos personales, objetos y recuerdos de Manuela.

Muerta Manuela, se habría pensado que al menos se respetaría su memoria y concluirían las habladurías sobre su conducta, muchas de ellas inventadas por sus enemigos políticos. Pero no ha sido así, y hay escritores fantasiosos, en busca de éxitos fáciles a cambio del honor del prójimo, que siguen dando pábulo a todas las infamias que se inventaron contra ella, aunque nadie ha podido comprobarlas ni en una mínima parte.

Si con la batalla de Ayacucho se consolidó la in-

dependencia de Hispanoamérica, y Manuela fue la heroína de esta batalla, su fama y prestigio deberían ser continentales. Pero no fue así, por obra de sus enemigos, que se cebaron en ella y, después de muerta, en su recuerdo. Hay odios que persiguen más allá del sepulcro.

Por ésta y otras oscuras razones, las caras íntimas, diarios y documentos históricos y políticos de Manuela Sáenz y Simón Bolívar fueron ocultados por más de 130 años ¿Con qué fin? Sin duda con la intención de que la historia ignore y no reconozca los altísimos méritos de la heroína.

Estos documentos que representan un invaluable patrimonio ecuatoriano, he tenido la suerte de rescatarlos y son la base para la elaboración de este libro, con el que se demuestra la verdadera imagen de Manuela Sáenz.

Carlos Álvarez Saá
Quito, septiembre de 1993.

Los Diarios

Diario de Quito

19 de mayo de 1822

Hemos llegado a Quito sin novedad. El Ejército se desvió en Tambillo y nosotras seguimos hacia el Norte, hasta la Plaza de San Francisco, donde nos apeamos para llegar en andas hasta la casa.

20 de mayo de 1822

Los chapetones miran con mucho recelo a todo recién llegado, piden salvoconducto y demás cédulas de tránsito a fin de realizar algún hallazgo de «sedición» que es su término favorito.

22 de mayo

Hay noticias de que es probable se entable batalla con el enemigo, ya sea en las afueras o dentro de Quito; los realistas están en vigilia por toda la población y no dejan de meter sus narices en todo y reuniones; poniendo fin al encanto de hacerles estallar pólvora en las patas.

Yo estoy enviando ahora misma una ración completa a la compañía de la guardia del batallón «Paya» y cinco mulas para su abastecimiento y reponer las pérdidas. No espero que me paguen; pero si éste es el precio de la libertad, bien poco ha sido.

23 de mayo de 1822

Hoy a las tres ha llegado un soldado del «Yaguachi» vestido de paisano con particulares simpatizantes de la causa, de que se preparen ayudas de ser necesario de parte de los civiles para reforzar a los valientes, pues se aprestan a tomar Quito con el señor General Sucre al mando (este General es venezolano).

Los godos se han puesto nerviosos y andan por todas partes atisbando al descuido de algunos para tomarles presos. Ya le he impartido órdenes a Jonathás, yéndose con Nathán a recoger información que sirva como espionaje, de dónde se encuentran las fortificaciones y los puestos de defensa de los españoles, para mandarles dicha información a los patriotas.

24 de mayo de 1822

Hoy ha amanecido con una gran agitación, que ha despertado a todos en general. Los godos proclaman bandos a los cuatro vientos, ordenando que no salgamos de las casas; pues hacer la contraorden es justificación de rebeldía y se castiga con el cepo.

Todos miramos a través de las rendijas y los visillos de las ventanas. Los godos corren a las faldas del Pichincha para detener el avance del General Sucre con su tropa, quien ya se encuentra arriba y les ha madrugado en posiciones... (me detengo aquí para observar y no perderme detalle).

Los señores Generales del Ejército Patriota no nos permitieron unírnos a ellos; mi Jonathás y Nahtán sienten como yo el mismo vivo interés de hacer la lucha, porque somos criollas y mulatas, a las que nos pertenece la libertad de este suelo.

Sin embargo, seguimos a pie junto a este ejército de valientes a los cuales les sobran agallas para enfrentarse con los godos, que sí están bien apertrechados y armados y alimentados; tanto como organizados en la disciplina militar. Ahora vamos rodeando la cordillera hasta llegar a las proximidades de Quito, recibiendo postas con noticias de graves acontecimientos, porque los realistas están por todas partes.

Ya son la cinco y media de la tarde.

Jonathás y Nathán y yo estamos rendidas. Llegamos de auxiliar a los heridos y ayudar a calmar sus dolencias con bálsamo del Perú e infusiones de amapola.

Le he enviado al General Sucre, a quien he conocido en persona y es muy agradable y fino en su trato, una recua de cinco mulas, yendo Juan a entregarlas, con raciones de comida. Retomo aquí el acon-

tecimiento de la batalla: Como a las nueve y media empezó la batalla, que gozamos con mucho nerviosismo, comiéndonos las uñas. Jonathás gritaba como una loca y Nathán se dio tremendo golpe en el brazo izquierdo por subirse a un escaparate vencido. La mañana tuvo un sol esplendoroso, radiante, como de gloria; para señalar el triunfo de los patriotas.

Desde los balcones se divisaba el fuego de la artillería y las cargas de infantería arremetiendo contra toda voluntad. Parecía una fiesta de castillos, más que una batalla, aunque el olor a pólvora tría los alaridos de los cobardes que se despeñaban por huir de las bayonetas que les perseguían. La caballería se movía lenta pero precisa en el bosque abajo, aguardando la orden de ataque.

El batallón «Paya» al mando del Comandante José Leal, que enarbolaba orgulloso su bandera y estandarte, fue el primero en tener contacto cuerpo a cuerpo con el enemigo. Un poco de duda estuvo a punto de perder las posiciones logradas por el ejército patriota; pero el coronel Córdoba, al mando del batallón Magdalena, arengó muy bonito a los soldados, y éstos febrilmente se lanzaron prestos a derrotar y destruir a los españoles, obligándoles a salir despavoridos a refugiarse al fuerte del Panecillo.

Nemencio, el lacayo de papá, se encuentra muy irritado, pues es «chapetón» y no hace sino maldecir con el tabaco entre los dientes. Yo le he manifestado que no va a sucederle nada, pero es tan terco por ser gallego.

A toques de corneta, que se escuchan como alejándose por el viento, los patriotas despeñan a los realistas, que subían escalando difícilmente esa ladera.

Disparaban a todo lado, sin cuartel, hasta que los godos tocaron a retirada.

Fue entonces cuando se lanzó la caballería a la caza de los que huían. La artillería cubrió de descargas todo el campo de batalla. Allí se destacó un joven de apellido Calderón, quien no quiso abandonar el campo de Marte y murió valerosamente.

Los peruanos del batallón «Piura» se dieron en derrota, lo mismo que el «Trujillo», al no ser auxiliado por el anterior. Pero los colombianos del «Paya» y del «Yaguachi» respondieron valerosamente por la Victoria; aunque los del «Cazadores» y «Granaderos» se batieron también en retirada, que no se justificó, por hallarse éstos en las mejores posiciones, sin que hicieran algo por luchar contra el enemigo. El General Sucre le propuso a Aymerich (Comandante de los españoles) una rendición honrosa, muy digna de su gallardía, y que el realista aceptó. Ocasión que dio lugar a la capitulación y libertad de Quito del poder español.

25 de mayo

Las mingas, a las que precede la matraca, dan la vuelta a la ciudad. La gente se ha salido a las calles a festejar, se celebró un Tedéum en la Catedral y colaboramos todos en el arreglo y decoración del altar. Esto fue el día 25 de mayo.

La ciudad se encuentra muy bonita, adornada con arcos triunfales de flores, por donde entraron los libertadores. Pero todo también ha tenido mesura, pues las fiestas ya tienen la invitación al Libertador Simón Bolívar. Tengo la fortuna de lisonjearme la amistad del apuesto General Sucre. Es un hombre muy valiente, caballero, y se ve en sus ojos la sinceridad. Yo por mi parte le he brindado mi casa y mi amistad. Su excelencia General A. de Sucre me ha hablado mucho de S. E. el Libertador Bolívar, y me tiene encantada con sus pláticas sobre el arrojo de nuestro Libertador.

Todos esperan que S. E. llegue a Quito, a fin de completar los festejos. Hay gran ansiedad por verlo y conocerlo; además que su presencia aquí legitimaría el establecimiento de la República.

He conocido a casi todos los oficiales del Ejército Libertador, yéndome a su cuartel general, a fin de hacerme reconocida de esos cuerpos militares, pues me gusta mucho la causa ¡Creo que nací con vena para la gloria! Aunque mi padre se opone, y mi marido, a que ande en roce con el ejército. No queda más que hacer mi voluntad, que es más fuerte que yo. Además, espero le den buenas referencias mías a S. E. Simón Bolívar. ¿Cómo anhelo conocerlo y tratarlo!, pues me dicen que es muy culto.

Manuela

P.D. SE dice que S. E. el Libertador Simón Bolívar llega en el mes de junio, tal vez a finales.

Junio 4 de 1822

Parece que el Libertador prepara la adhesión de Guayaquil a la Gran Colombia, pues sin ese puerto no habría condición estratégica de la República.

Junio 6 de 1822

Hoy he platicado con el Coronel Córdoba, pero me parece un hombre rígido y poco de fiar, pues sus pretensiones son las de obtener la misma gloria de S.E. El Libertador.

El General Sucre me ha confesado que hay que tolerar cierta insolencia en sus oficiales, pues de todas maneras es con ellos que se ha logrado la victoria. Concepto que no comparto y que le he manifestado a S.E., quien me manifestó que yo era una mujer muy especial por ser franca.

Junio 10 de 1822

Hoy se supo que S.E. el Libertador Simón Bolívar entró triunfante en Pasto, luego de haber ganado palmo a palmo las laderas de esas cordilleras, y que fue recibido bajo palio y arco triunfal por los simpatizantes de la República, el día seis del presente.

Junio 13 de 1822

Estoy muy preocupada en estos días, pues hago parte del comité de recepción a S. E. Simón Bolívar. Me encuentro muy nerviosa y por este motivo escribo como tarada. He ordenado que traigan flores

y jazmines de Catahuango, y que dispongan todo lo menor en procura de brindar a S.E. Bolívar, una menor recepción, para lo cual he prestado la vajilla que me regaló James, enviada a la casa de don Juan Larrea, junto con dos manteles y cubiertos de plata. Como inventario se me ha dado un recibo.

Junio 15 de 1822

Todo es una locura, pues se ha anunciado que S.E. Simón Bolívar llega mañana, ¡y los preparativos eran para fines de mes! Pero hay gran contento y todo el mundo colabora en rehacer los arcos triunfales, adornándolos con flores de las más lindas y limpiando la ciudad y pintando las fachadas de sus casas, decorando los balcones por donde pasará el cortejo militar con S. E. a la cabeza.

Manuela

Junio 16 de 1822

La ciudad está vestida de fiesta, la gente corre por todos lados, los indios que transportan encargos andan muy apresurados, y hay que ver cómo la gente adorna las calles con arcos de caña guadua y con ramas de laurel y flores, colocándolas en las esquinas, los balcones; con ocasión de festejar ya en serio, no sólo la batalla de Pichincha sino también el arribo de S. E. el Libertador Simón Bolívar y Presidente de Colombia, por primera vez a Quito.

Qué emocionante conocer a este señor, a quien lo llaman el «Mesías Americano», y del que tanto he oído hablar. Todos los vecinos están muy entusiasmados, la señora Rosalía y su hija Eulalia del Carmelo, el doctor Lozano y la señora María Francisca también, como la viuda del Coronel Patricio Pareja y las señoritas Pilar y María del Carmen Gómez Donoso; la familia Moreano Villagómez, que ha recibido la vista de su hijo Gonzalo, quien ya es Teniente y se le ve muy apuesto y con gallardía; don Luis Ponce de Valencia y su familia, que están emparentados con mis amigos muy patriotas, los esposos don José Asunción Casares y la señora Camila Ponce; la señora Abigaíl Rivas de Tamayo, dueña del bazar «Borla de Oro», quien donó todos los encajes, bordados y botonaduras para los uniformes del batallón Paya, y sus hijos Antonio y José Miguel; en fin son tantos los nombres, que de nombrarlos a todos no terminaría ni con diez diarios. Dejo aquí para disponerme a las órdenes de don Juan Larrea, quien anunció va a venir por mí.

Manuela

Junio 19 de 1822

La caravana de los héroes entró a las ocho y media de la mañana por la calle principal, que da con la calle de las cruces, viniendo desde Guayllabamba y pasando por los ejidos del Norte. Enseguida voy a describir los hechos del 16

que los considero muy especiales por la fortuna con que me han tocado.

¡Estoy muy feliz!!!

Pareciera como si el mundo entero se hubiera venido por acá. Qué apoteosis de recepción. No caben palabras como describir tanta emoción de la gente; desde la más alta alcurnia, pasando por todas las clases «de colores, gustos y sabores» y condiciones sociales (ahora sí en serio), y autoridades y clérigos (que me enseñaron a redactar así); hasta el más humilde de los indios que poco o nada entienden de estas cosas, se dieron cita para tributar su agradecimiento al Libertador y Presidente.

Yo encontrábame en compañía de mamá, en quien era raro ver algún signo de alegría o de tristeza. Sin embargo, su manifestación de ella de júbilo era tal, que hizome sentir la más feliz de las hijas, porque supe que mi madrecita también compartía de corazón toda esta alegría patriótica; mis tías y Jonathás y Nathan, aleccionadas por mí, gritaban en coro: ¡¡Ran, cataplán, plan plan!!! ¡¡¡Que viva el Libertador y Presidente de Colombia!!! Estábamos acompañadas, además, por Eulalia Sánchez y Piedad y Marianita Gómez, Vicenta y María Manuela Casares, Isabel y Rosita Moreano; todas sentimos que la entrada de S.E. el Libertador y Presidente Simón Bolívar era muy importante para gratificar la ciudad de Quito por su dedicación a la Libertad desde el nueve. Emocionante fue el momento en

que se avistaron los cuerpos de la banda de guerra, tocando su compás redoblado de tambores, casi que iguales a los gritos de Jonathás y Nathán (me río).

En las iglesias resuenan las campanadas alegres, la pólvora alborota más la algarabía y la ansiedad de las gentes por mirar y tocar a los héroes iba en aumento, en un frenesí de locos. Todo hasta verlos aparecer al frente suyo. Su excelencia el Libertador Bolívar y Presidente de Colombia venía acompañando por el General Sucre, grandioso héroe de Pichincha. S. E. Simón Bolívar a la derecha, S. E. el General Sucre a la izquierda, posición muy bien ganada por su valentía a toda prueba. El corazón me palpita hasta el delirio, creo que esto de ser patriota me viene más por dentro de mí misma que por simpatía.

S.E. el Libertador, gallardo jinete, engalanado con uniforme de parada, en el que los hilos de oro se veían como evaporándose en el brillo del sol que ese día era como una parrilla. Venían en paso de formación y con los más escogidos oficiales de S.E. Bolívar. El Libertador y Presidente montado en un precioso caballo blanco, al que enjaezaron con lo más precioso de monturas y arreos que se puedan encontrar por estas tierras. La jaca se deleitaba en marchar con mucho garbo, a tal punto que parecieran como enredarse las patas con el paso (dicen que en Colombia los adiestran así). Los cascos de los caballos parecían que acompañaran al redoble con su alegría similar a la de las castañuelas.

Desde todos los balcones, al pasar, llovían los pétalos deshojados de las rosas, flores y ramos caían para ir formando una alfombra fragante y colorida, que hizo más encantadora la algarabía y el recibimiento; los aplausos se escuchaban por doquier y los vivas a la República y a sus ejecutores se entonaban en coros más altos, de uno y otro lado de las calles. El delirio era ver y tocar de cerca a todos, pero con mayor placer a S.E. el Libertador Bolívar, saludarlo, tocarlo; ser correspondido.

Cuando se acercaba al paso de nuestro balcón, tomé la corona de rosas y ramitas de laureles y la arrojé para que cayera al frente del caballo de S.E.; pero con tal suerte que fue a parar con toda la fuerza de la caída, a la casaca, justo en el pecho de S.E. Me ruboricé de la vergüenza, pues el Libertador alzó su mirada y me descubrió aún con los brazos estirados de tal acto: pero S.E. se sonrió y me hizo un saludo con el sombrero pavonado que traía en la mano, y justo esto fue la envidia de todos, familiares y amigos, y para mí el delirio y la alegría de que S.E. me distinguiera de entre todas, casi me desmayo.

Todo en seguida fue fiesta y comidillas, de miradas cruzadas y veloces, de ofrecimientos de unos y aceptaciones gustosas y gallardas de los oficiales del cuerpo de guardia de S.E. Las envidias estuvieron, pues, a la orden del día, así como los comentarios. Se dispuso por parte del comité de recepción un gran festejo para el pueblo, y la tarima sirvió para el

recibimiento en la plaza estaba abarrotada por las autoridades civiles y eclesiásticas, junto con las doce ninfas en banda de seis a lado y lado del centro, donde estaba dispuesto el sillón de S.E. el Libertador y Presidente Simón Bolívar, lugar donde fue coronado una a una, doce veces así: al Valor; al Orden; a la Disciplina; al Honor; a la Libertad; al Patriotismo; a la Hidalguía; al Carácter; a la Sabiduría; a la Prístina Pureza; a la Justicia y a la Divina Misericordia, a medida que los discursos se pronunciaban.

Posteriormente en la Catedral, S.E. Bolívar es recibido bajo palio y conducido hasta el altar mayor, a escuchar el oficio de un larguísimo Tedéum que duró casi las dos horas. Luego hubo fiesta para el pueblo y fuegos artificiales hasta bien entrada la noche.

Manuela

Vino a visitarme por la tarde del 16 don Juan Larrea, para prevenirme de una invitación al baile en honor de S.E. el Libertador Bolívar, que se celebraba en la misma casa de don Juan; a lo que me dispuse inmediatamente, mandando la vajilla y arreglos de flores, tal como se me pidió en colaboración, de parte del comité de recepción.

Mi madre y yo llegamos junto con José María al baile, casi al filo de las ocho; enseguida fuimos atendidos por un paje que nos condujo hasta el salón, y donde don Juan Larrea nos recibió de manera muy

entusiasta. Tomándome del brazo, luego de haber saludado muy cortésmente a mi mamacita, me llevó hasta el sitio donde se hallaba Su Excelencia, sentado al fondo del salón y al centro, bajo un dosel preparado para él y lujosamente adornado con el tricolor de seda que fuera obsequio de la familia Orellana.

A S.E. Bolívar se le veía conversando muy amenamente con sus vecinos, acompañado de sus generales y edecanes. Al ver que nos acercábamos se levantó, disculpándose muy cortésmente y atento a nuestro arribo se inclinó haciendo una reverencia muy acentuada. Mi corazón palpitaba al estallarme cuando de don Juan Larrea escuché: «S.E., es para mí halagador presentarle a la señora Manuela Sáenz de Thorne.» S.E. Bolívar me miró fijamente con sus ojos negros, que querían descubrirlo todo, y sonrió.

Le presenté mis disculpas por lo de mañana, y el me replicó diciéndome: «Mi estimada señora, ¡si es usted la bella dama que ha incendiado mi corazón al tocar mi pecho con su corona! Si todos mis soldados tuvieran esa puntería, yo habría ganado todas las batallas». Me avergoncé un poco, cosa que S.E. notó al instante y, disculpándose, me tomó de la mano invitándome a bailar una contradanza, luego un minué que, aunque aborrezco, acepté encantada; para luego seguir con otra contradanza que nos dio la oportunidad de hablar. Luego un valse muy suave que nos hizo muy románticos.

Todas las parejas pararon para ver bailar a S.E. Bolívar, pues tiene fama de excelente bailarín, aplaudiéndonos; cosa por la que me puse muy contenta. S.E. me apartó luego para decirme; «Señora —me dijo—, insisto en que usted ha tocado hoy justo en mi corazón. Su belleza es mejor regalo que un héroe puede recibir, pues su encantamiento se halla en su agradable vivacidad. Es forzoso entonces que yo manifieste a usted el motivo real de mi alegría. Me encuentro fascinado de usted por no decir enamorado. De usted y de la Caballeresa del Sol. Quien hubiera sabido que en esta ciudad se encontraba precisamente la poseedora del crisol donde debo fraguar mis sentimientos. Su arrobadora belleza hace que cualquier hombre transgreda los más caros principios de la fidelidad y el respeto. Permítame que yo, su humilde admirador, haga uso de esa maravillosa transgresión.

Aunque muchos hombres me han lisonjeado, nunca hubo uno con tal osadía; pero en sus palabras no salían sino fragancias de una caja de música. ¡Yo acepté encantada! Y descubrí desde aquel mismo momento que el hombre venía solo, pero traía consigo mi felicidad, esa que yo no conocía hasta ahora.

S.E. Bolívar no paraba de hablarme y lisonjearme presentándome sus generales, advirtiéndoles de antemano que yo estaba comprometida con él y con la causa; les decía que yo era la realización de sus sueños, la compensación de sus desvelos por la li-

bertad, etcétera, etcétera, etcétera. Todos ellos respondían, a una, que S.E. bien se merecía tal halago, por ser de lo más exquisito para los héroes, cosa que me dejaba perpleja.

Me tomé la libertad de hacerle bromas a S.E., las que le encantaron, diciéndome que yo tenía la habilidad y el genio de hacerle reír, lo que otros no lograban fácilmente. Entre estas bromas le pedí que «el ridículo» minué (ya pasó de moda en Europa), en especial, debía grabarse como recuerdo perdurable de nuestro primer encuentro. Se rió a carcajadas muy sonoras y, caracterizándose, me dijo que para mi satisfacción (siempre hablándome de mi belleza), mis palabras eran órdenes que iban a ser cumplidas inmediatamente.

En el intermesso se sirvió un espléndido ambigua, que todos los presentes disfrutamos a plenitud, con fervoroso apetito, y que dio lugar a que S.E. agradeciera tal distinción de honores, sintiéndose, como lo expresó, «quiteño de corazón», y comprometiéndose a dejar un sucesor cuyo en estas tierras». Al concluir esto, por supuesto, arrancó los más vivos aplausos, que me ruborizaron al máximo, puesto todos conocen mi condición civil (aunque no convivía con James).

A partir de ese momento, todos sus generales se dirigían a mí con profunda admiración y respeto, que no dejaba de incomodarme, puesto que quería tener también de ellos su confianza.

Manuela

Junio 22 de 1822

Yo no sé que me pasó, pero me sentí liberada de James, y en cambio retribuida por la gloria de este señor, S.E. Simón Bolívar, que se ha fijado en mí y que me hace sentir la vida intensamente.

(prosigo el relato del 16)

Para el segundo entreacto se dispuso una compañía de teatro que había venido desde Ambato, representando una comedia cuya sátira al poder español en retirada, se confundió con la magnanimidad de S.E. el Libertador y Presidente Bolívar y del Ejército Colombiano, y terminó con un colofón de la República. Esto encantó a S.E., por ser de criollos la compañía, y ordenó que les pagaran muy bien y les atendieran a los integrantes, en todo cuando se requiriera para el desarrollo de estos actos dramáticos.

He comprobado que S.E. es un bailarín consumado e incansable, pues ciertamente baila con verdadera destreza; habilidad que, según él, es la mejor manera de preparar una estrategia de guerra (esto lo dijo sonriéndome). No quise quedarme corta y para descollar por lo menos en algo, a la altura del conocimiento de este señor, empecé hablándole de política, luego de estrategias militares (mi parecer lo tenía embelesado).

Entonces me cortó y empezó a recitarme en perfecto latín a Virgilio y Horacio. Hablaba de los clásicos como si los hubiera conocido. Yo lo miraba y escuchaba entusiasmada, y cuando tuve por fin la

oportunidad, le respondí dándole citas de Tácito y Plutarco, cosa que le llamó mucho la atención, quedándose casi como mudo y asintiendo de mis pobres conocimientos, con la cabeza, y diciendo «Si, sí, sí eso es; sí, sí, sí», repetía. Entonces se puso muy erguido y yo pensé que se había enfadado; pero sonriendo me pidió el que era urgente le proporcionara todos los medios a fin de tener una entrevista conmigo (y muy al oído dijo: «encuentro apasionado»), que sería yo en adelante el símbolo para sus conquistas y que no sólo admiraba mi belleza sino también mi inteligencia.

Manuela

Me di perfecta cuenta que en este señor hay una gran necesidad de cariño, es fuerte, pero débil en su interior de él, de su alma, donde anida un deseo incontenible de amor. S.E. trata de demostrar su ánimo siempre vivo, pero en su mirada y su rostro se adivina una tragedia. Me comentó que se sentía en el cenit de su gloria de él; pero que, en verdad (y esto lo dijo muy en serio), necesitaba a alguien confidente que le diera seguridad.

S.E. me pidió que lo acompañara al Cuartel General, donde su ayuda de cámara, el señor José María Espinosa, a quien caí en gracia (este señor es pintor además de soldado), realizaba un retrato en arpillera, con marco ovalado del busto de S.E., con una inscripción en la bóveda: «S.E. el Libertador y Presidente de Colombia, en la plenitud de su gloria».

Cuando S.E. me lo enseñó, sus facciones cambiaron y tuvo como un resplandor en el rostro, que se le combinó con sus palabras: «He aquí (me dijo señalando su retrato), al hombre en la plenitud de su gloria guerrera; el orgullo de América es el haber procreado al más grande Libertador de todos los tiempos. Mi gloria ha conquistado los límites del hemisferio y desde el Caribe hasta la mar océano de Balboa, mi sombra les cubre».

Me di cuenta de que este señor sentía mucha seguridad ante su propia efigie; tal como ocurre con todos los grandes hombres, que su ánimo se ve respaldado en su ego, hasta que encuentran el apoyo que les proporciona el valor para emprender nuevas y más audaces empresas.

Pienso que una mujer no sólo debe trastornar a un hombre con su belleza, sino dedicarle toda su atención, en vista de tal vez una intuición más fina, que procura ver todo con la realidad de los aconteceres, y el tino de poder seducir con mejores armas al enemigo, con sólo un guiño. Siendo caprichosa como en efecto lo soy, no me limito a tal conducta; por el contrario, advierto la necesidad de sacrificio y hago méritos por imponerme una actitud de atención a toda prueba.

Sé que este señor, me necesita, lo sé, y yo también a él; ambos formamos un círculo de sentimientos donde la seguridad va en busca del refugio del otro. Lo que sé hasta ahora me dice que tengo razón

y que mi madurez da la suficiente garantía para que un hombre de la valía de S.E. se fije en mí.

Soy por temperamento informal, pero en tanto se me requiera de mi formalidad, asisto sin ambages, agrupando mis cualidades a una potencia de servicio y obra. Soy ambiciosa y me comprometo la libertad. ¿A qué un pajarillo enjaulado? ¿un zorrillo encadenado? El venado corre cual saeta veloz por los prados y desconfiado vaga por los montes atento al ataque del tigre.

Así es mi desconfianza, que, en unos, no es más que la forma de negarse a servir, y en otros (mi caso), la necesidad para sobrevivir. Sé que con este señor llegaré a la cima. Daré mis conocimientos (escasos), mi vigor y mi carácter, así como mis sentimientos, mi existencia si fuera necesaria. Mi vida será arrastrada por su gloria y suyos serán en sus días aciagos mis consuelos. Y bien, nos hicimos cita clandestina, que no lo fue para nadie. Esto a los dos no nos preocupa, pues sólo se trata de la carcoma que impide a los débiles el enlace de dos almas correspondidas.

Un poco pasar desapercibidos la maledicencia y las comidillas y las preocupaciones sociales, son la determinante para acabar con ese gusano de envidia malsana.

Sí, mi determinación de atender a este señor motiva tales, no son más que el egoísmo por no verse involucrados en persona en tal destino.

Las reuniones y fiestas por doquier. ¡Qué derroche de alegría y de júbilo! Soy mujer y joven; apasio-

nada, con mucho abandono del miramiento social que a mí no me incumbe; mi ingenio es mi intuición y me siento muy, pero muy enamorada. ¡De verdad mi querido diario!!!

Manuela

Estoy invitada a pasar el verano en Babahoyo. Concretamente en la hacienda «El Garzal»; debe su nombre por las miríadas de garzas que aquí anidan y sobrevuelan por estos lugares. Esta invitación la recibí por intermedio de unos amigos íntimos de S.E. Bolívar. Hace cuatro días que estoy instalada.

«El Garzal» a 23 de ... de 1822

Estoy escribiendo a S.E. una docena de esquelas, haciendo más deliciosa la espera y más acuciante para él la venida. El éxito de una mujer está en su gracia y en su ingenio, a más de su belleza que atrae como el almíbar de las flores a los pajarillos que se deleitan con su néctar.

La hacienda está repleta de mangos, naranjales, plataneros que parecen manos gigantescas; palmeras, cocoteros y caimitos dulces y palaciegos. Todo aquí es llamativo los colores de las flores y de las mariposas, el canto de madrugada de las aves, el estrépito de los caballos cuando entran en la cuadra y el roncar de «Ruperto» un inmenso caimán criado desde pequeño y dócil. Todo entonces invita al regocijo del amor y de la aventura.

S.E. ha enviado a sus edecanes y algunos oficiales para aprovisionar todo y resolver asuntos concernientes a la instalación de su despacho. Un Cuartel se estaciona aquí como Cuartel General, a fin de coordinar todo el archivo, correspondencia y afines de la guerra y Estado. Presiento que S.E. va a tener mucho trabajo y, como pueda, yo he de sacarlo de allí para que su alma y cuerpo tengan un descanso en armonía con mi esperanza de disfrutarlo todo, como siempre he soñado. Tal vez sea una pasión desbordada, tejido en la locura sensual de mis...

Qué felices fuimos. Yo me regresé a Quito y S.E. partió a Cuenca.

Diario de Paita

Venzo de ser vengativa en grado sumo. ¿Cómo perdonar? Si Simón hubiera escuchado a esta su amiga, que sí lo fue. ¡Ah! Otra cosa habría sido (no había quedado mico con cola). Creo en esa obligación de dar su merecido a quienes faltaron a la lealtad del Libertador y a la República, y a algunos que burlaron la gratitud para con él.

El escribir estas cosas me ayuda a soltar mi mala sangre y al mismo tiempo de lo que me hallo muy complacida, porque logré retener (me salí con la mía) los archivos y los documentos más importantes del General Bolívar; esos... no lograron destruir lo que es más sagrado para mí.

Leo y me digo a mí misma que soy adicta al sufrir.

Hoy a julio 25 de 1840 vio en visitarme el señor José Garibaldi, muy puesto el señor este, aunque un poco enfermo. Lo atendí en mi modesta; cosa que

no reparó. Estuvimos conversando sobre su vida y sus oficios y recordando sus aventuras, del mundo conocidas. Y se reía el muy señor cuando le pregunté por la escritora Elphis Melena, la alemana; sobre su fama de «Condorierro», y de sus dos esposas.

Me dijo que yo era persona favorecida de él en su amistad, y que lo era también «la memoria del genio libertador de América, General Simón Bolívar».

De nariz recta este señor, patillas salvajes y colgándole con el pelo hasta el cuello, y bigote grueso (como de cosaco), de bonete de paño negro bordado en flores y cejas espesas hasta cubrir casi los ojos.

Jonathás y yo no tuvimos reparo en desvestir a este señor y aplicarle ungüentos en la espalda, para sacarle un dolor muy fuerte que lo aquejaba por el hombro. Muy agradecido se despidió de mí, y muy conmovido como de no vernos más.

Siento tristeza de la ausencia de este señor. Jonathás está de mal humor porque no levantó mi ánimo. Me ha dejado de su puño y letra, un verso de la Divina Comedia del Dante, y muy apropiado, y bonito, que pego aquí para no perderlo.

Mia carissima Manuela:

«Donna pietosa e di novella etate,
adorna assai di gentilezze umane, Ch'era lá «v» io
cimava spesso Morte
veggendo li occhi miel pien dipietate,
e ascoltando le parole vane,
si mosse con paura a pianger forte.

E altre donne, che si fuoro accorte
di me per quella che meco piangia,
Feder lei partir via,
Cual dicca: «Nom domire».*

Son las 8 y se acaba la lumbre. He vuelto a leer con favorito empeño «Los Pastores de Belén», prosas y versos divinos de Lope de Vega y Carpio, y cómo me anima esa lectura y de qué manera me acuerdo cuando era niña, en casa, frente al nacimiento.

En el libro encontré las violetitas que me trajo y regaló Simón, de una finca donde estuvo en Pativilca, dizque porque eran muy delicadas, bella y perfumadas (comparándome).

Sí, su amor sigue aquí en mi corazón, y mis pensamientos y mi amor por él están con él en la eternidad.

Qué señor mío este Simón, para robar todos mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones...

Lo amé en vida con locura; ahora que está muerto lo respeto y lo venero.

Jonathás ha estado en cama con gripe, de esas que llaman «quiebra huesos», y no ha podido levantarse. Páez, Córdoba y La Mar no me han dejado en paz. Los tiene muy enseñados; estos perros graciosos, acostumbrados al cariño, se deshacen por Jonathás, y yo no los controlo más. Santander está ya viejo y cojo. Pienso que hay que fusilarlo para que no sufra, pues le pasó un coche por encima; se me va el corazón con mi perro.

* Estos versos no corresponden, en realidad a la Divina Comedia, sino a otra obra de Dante: la Vida Nueva.

En estas navidades el puerto ha estado más movido que de costumbre; así que le he pedido y mandado a Jonathás que atisbe quien llega, y venga pronto a contármelo todo; no sea que me cojan de sorpresa.

(Navidad del 30, ¿que fatal!). Este es un recuerdo que lastima, pero él me dejó forzada a seguir viviéndolo; para mí tu vives, Simón. Así como él vivió. Soy una tonta, pero lo percibo cada vez mejor. Rousseau, Voltaire, «El contrato social»; ¿de qué le sirvieron? Nunca supo qué, ni que hizo con su gloria. ¡Qué tontos fuimos!

Escribo y pienso... Cómo se destruyó a sí mismo, Simón. Yo estoy haciendo unas colchitas que me están quedando preciosas. Y él sabía que se estaba destruyendo, aniquilando, dejando a un lado su férrea voluntad, sus decisiones nunca dictadas por sus convicciones, pero sí un sentido de justicia ¿Justicia? ¿Quién fue justo? A él, que todo lo dio por la libertad. Libertad, sólo palabra. ¡Por ahora! ¿Cómo era esa cita de Marco Aurelio? Tanto insistió en que la aprendiera: «Tu amor lo medirás por el que tengas a tu hermano. Usar de clemencia es vencer siempre», decía Aulio Galio. Ya: «Es propio del hombre amar aun a aquellos que nos ofenden. Los amarás, si piensas que son hermanos tuyos; que, si son culpables, es por ignorancia y a pesar de ellos; que, dentro de poco, no te hicieron mal alguno, ya que no te hicieron

peor tu alma de lo antes era», citaba a Marco Aurelio. Y a Demóstenes: «Una mujer desbarata en un día lo que un hombre construye en un año», refiriéndose mi Simón a lo del acontecimiento del castillo, que con tanta gana hice en Bogotá.

El no omitía ninguna frase de estos pensamientos, y sus consejos —muy a pesar de mi entereza de carácter. Siempre me citó a Salomón: «El perfume la variedad de los aromas son la alegría del corazón, y los buenos consejos de un amigo (amiga), las delicias del alma». Y a Cervantes: «La mujer ha de ser buena, y parecerlo, que es más», recriminándome mi conducta con Santander.

Hoy he vuelto a leer «El Quijote», y de sus páginas salen las evocaciones. Cíerrolas para escribir. Como ese agudo hombre de novedades en desbaratar un molino, así hizo Simón cayendo con el peso de su propia armadura.

Una y una más se lo advertía de no permitir la subida de Santander. ¿Pero qué? Se enfadaba conmigo, me castigaba con sus desplantes, ignorándome, cosa que era peor. Más me encaprichaba y después llegaba más tierno que un cachorro meloso. Acercándose y mendigando mi amor. Y yo, tonta por él, no resistía sus insinuaciones. No lo rehuía. Siempre lo recibí tiernamente como tal amé. Nunca fui inconsecuente. ¡No! Tuvo mi amistad y de mi amor el afán de servirlo y de amarlo como se lo merecía.

Cumpliré con mi desahogo ahora que estoy con buen ánimo. Me consuela saberlo mío a pesar de todas.

Es tarde ya y casi no se ve. Recogeré todo para ver un nuevo día.

Manuela

Han pasado ya 8 años y sólo he visto miserias, pobreza, epidemias, susto de los peruanos (cobardes) que se alegran de la desgracia ajena. Un puerto que sólo da lástima, donde el entorpecimiento no es a la orden del día. ¿Cómo puede una mujer estar al día en cosas de la cultura? El mundo no se percata dónde queda Paita. ¿Y cómo recolectar datos? Idea mía: barco que llegue, asalto de información. Ciudadano que caiga a este: sacarle noticias.

Escribo a mis familiares en Quito y nadie contesta. No tengo a nadie. Estoy sola y en el olvido. Desterrada en cuerpo y alma, envilecida por la desgracia de tener que depender de mis deudores que no pagan nunca.

Jonathás se ha ido por mi recomendación a la casa de mi comadre Chanita. ¿Quién cuida de ella? Pobre, agarró esa fiebre amarilla y quedó exhausta. Aquí todo se ha ido convirtiendo en un sanatorio.

Qué contraste Simón: de reina de La Magdalena, a esa vida de privaciones. De Caballeresa del sol a matrona y confitera; de soldado húsar a suplicante; de Coronel del ejército a encomendera.

¡Basta! Me voy a Lima.

Paita a febrero 3 de 1843

Antes de ayer vio a visitarme un viejo amigo del Libertador, el creador de sus desgracias, por él haber metido en la cabeza de Simón tanta idea, para manejar las cosas con tanta cualidad de favorecimientos para todos: amigos y enemigos. Simón Rodríguez o Samuel Robinson o el diablo en andas. Tantos nombres para enmascarar una sola cosa, ser Quijote o tonto. De todas manera hablamos y discutimos, pues defiende a Santander (a su gestión).

Muy entrado en años como por los 83, alto pero encorvado, su pelo blanco como de nieve y con bastón. No demoró mucho porque disque pendiente de un negocio. Me preguntó cosas que sólo él sabía, me enfadé mucho. Pero luego estuve tranquila y serena, comprendí que este señor quería revivir esas épocas. Sólo pudimos contener el ansia de amistad que nos unió con el único hombre que verdaderamente valió.

Dijo que fabrica velas y que sigue dictando lecciones, pobre. Si se le ve franciscano. Tomó chocolate y se marchó. Volverá, lo se.

Paita, febrero 19 de 1843

Aquí en Paita todo es cosa de risa. Un suceso y otro distinto. Estos peruanos sin idea de la política seria y pura, no hay quien observe conducta digna, porque unos por miedo y otros por interés, cam-

bian de parecer de la noche a la mañana. Mi sobrino Francisco Antonio me escribió desde Quito, contándome pormenores, para mí el más querido de todos (como ya es padre no hay que hacerle bromas). Estoy haciendo un chal que de divino parece europeo, se lo envió a mi paisana Doña Mercedes Jijón de Flores.

Parece que ya a nadie importo. Estamos a 9 de julio del 43 y todo sin respiro. Las Gacetas que me llegan son números atrasadas y yo quiero vivir el presente con noticias frescas.

No vale un cuartillo leer, no hay con quien comentar. Sentada en mi hamaca medito nuevas que tengan que ver para el provecho de mi Patria Ecuador.

Escribo cartas y cartas, y nadie apura mis asuntos en Quito. Sólo por la providencia vivo. He desistido de lo de Lima por no mortificarme con James. Y a tal, sólo resignación y adelante. Al menos tengo todavía amigos, y a mi Nathán y Jonathás.

Jonathás vino con recados del muelle. Que vio al General Santa Cruz con recados para mí, de que al señor General Flores lo reeligieron por ocho años más. Esto hace Dios con almas buenas y honestas. El señor Pareja viene muy a menudo y su plática es muy constructiva y adicta a las órdenes del señor Presidente Flores.

Las noticias que recibo de Quito ya son esperanzadoras. El Señor Presidente General don

Juan José Flores, quien es mi amigo, me halaga con sus apreciadas de cuando en vez, y me pone al tanto de mi tierra Quito.

Por fin ha destinado una persona indicada para manejar las cuentas de mis deudores y para que mi desgracia sea menor. Don Pedro Sanz no tuvo recato en el manejo de cuentas de todos los que me adeudan. Soy por esto de gran gratitud para con este señor General.

Aquí todo está revuelto, y con gran vigilancia para todo; sin reserva en violar valijas de correo.

¿Qué tanto desafuero?

Hoy, agosto 23 de 1843

Recomendada al señor Cónsul Monsalve, con salvo conducto para Lima pienso: ¿éstas no recaban mis más caros afectos, ni mi familia (¿tengo?), ni mis amigos, ni mi Patria. Rocafuerte me hizo, me tiene al punto de su distancia. Yo resuelta, es que mi falló está como la suerte de aquí. Ya no regreso para lo menor ver lo mío.

Como de todo me entero hago las delicias de mi interés por saber y dar a conocer lo que concierne a mi Patria.

Al fin en algo ocupó mi triste destino, que si no me doy un balazo ¡y punto!

Este mes de septiembre peor. Me ha puesto en jaque. A todos los ecuatorianos que se hallan en Piura y los de aquí, he arengado, junto con el Cónsul Monsalve, para prevenir la indolencia y sus diversio-

nes malsanas. Como ecuatoriana estoy indignada por los pasquines y cosas soeces salidas de la imprenta del caucano, en contra del General Flores.

Mañana con susto me he dado con los atrevidos que de noticias traen el que habían asesinado al Presidente Flores en convite de sus amigos. Que la guerra es inminente y barbaridades, fin. Que yo estuviera al mando, al menos al lado de este señor para asesorar estrategias. Y que este señor, que yo amo como la Patria tampoco me ocupa para nada en el gobierno y es terco como una mula.

Ay, que si parece que de angustias vivo. Ni no debo llamarme Manuel sino «Angustias». Mi amigo el General Santa Cruz me ha puesto en pena. He recibido cartas de Lima del 24 de noviembre, y sólo tristezas, la prisión de este hombre envilece a quienes lo tomaron. Y no pongo duda que lo fusilen. Mi corazón de luto se pone. Ya no hay con quien contar. Voy a intrigar con destino a que sirva de algo para su libertad. Ojalá alguien se compadezca y me ayude.

Hoy vi a Jonathás limpiar los recodos, y le permití ver una cuantas cartas del arcón, reminiscencias. Costó mucho trabajo el traerlas aquí, tenerlas todas y desde tanto tiempo atrás.

Caminatas, campañas, travesías, intrigas, desafue-ros... Simón tan cerca... a veces, y otras yo tan lejos, impidiendo las deserciones. Bolívar. Sí él, todo amor para ellos, ¿y para mí qué?

A cuantos tuve que chirlear para que no perdieran la vida; para que despertaran... Las mulas, ¡el horror de la caída por los abismos! Si, todo esto me persigue. Saco valor. Cierro el arcón para no desmayarme.

Este libro que contiene las lecturas más caras de los grandes guerreros griegos, fue saliendo del fondo del arcón; fue un regalo de este hombre magnífico, sin querer él dármelo. Su apasionamiento por Temístocles, Arístides, Cimón (era él Cimón o Simón). Siempre dijo él que sí era el carácter de este señor. Haníbal, Alcibíades... (sollozo).

Mi negra Jonathás se presentó y estuvo calmándose con infusiones severas. Debo mantener el propósito de no volver a mirar esas cosas; ella dice que me hacen mucho daño, y hasta le creo.

Simón quiso que yo las tuviera, y son más, muy más y se irán conmigo a la tumba. Así lo he dicho muchas veces a tales señores que vienen de visita, aquí a husmear lo que sé. La historia no se la cuenta ¡se la hace!

Que se vayan al diablo cuando vuelvan.

Hoy es domingo 27

Han pasado tres semanas desde la última vez que escribí y ha habido extraordinarias.

Escribo estas líneas para saberme viva, viva por dentro. Después de todo, a mi edad... Pienso en algunos amigos míos que darían todo por tenerme en casa, y por disfrutar de mis recuerdos o de los chistes de Jonathás (que cuenta con gracia).

No existe nada interesante en este miserable puerto; lo único que vino, una compañía de teatro que no encontró lugar, cosa que improvisaron en la playa.

La gente aquí anda disparada con el asunto limítrofe; ojalá se pueda sacar a estos imbéciles de mi Ecuador.

Si yo hubiese estado en Quito unos años atrás... pobrecitos, ¡quien sabe!

Nunca permití que Simón pensara en nuestro amor como una aventura; lo colmé de mis favores y mis apetencias y casi olvidó su acostumbrado filtro donjuanesco. Además, había en los dos emoción y dicha que no se destruiría jamás, que serían perdurables hasta el fin. ¡Amar y ser amada intensamente!

El por su parte halló en mí ¡TODO! y yo, lo digo con orgullo, fui su mejor amiga y confidente. Para unificar pensamientos, reunir esfuerzos, establecer estrategias. Dos para el mundo. Unidos para la gloria, aunque la historia no lo reconozca nunca.

Y de que yo se reírme de mí misma, ¡basta! ¿En qué quedaron los carísimos vestidos? ¿Las numerosas joyas? Estoy harta.

¿Qué fue de las visitas de cortesía en mi casa? Nada había en las mujeres que no fuera hablar, coser cadenetas y bordados de encajes. Yo, mientras tanto, leía me entusiasmaba mucho leer. Los hombres con qué galantería. ¡Ah! que tiempos, mi mantilla de Manila. Y los celos estúpidos de James. Sólo

desprecio sentía por ese pobre hombre. Lima: visitas, fiestas, paseos, invitaciones, bailes, ostentación de riqueza. Y del amor ¿qué?

Galanteos, derroche de riquezas y de alegrías, de refinamientos, de placeres, de holgura: ¡Ah! vivir la vida. ¿Eso fue? Yo estoy aquí desorientada. ¿O loca? No. ¡Jamás! ¡jamás!

En mi mente, el pensamiento de haber participado en los logros de la República a fin y bienestar de los ciudadanos.

A veces la fuerza fue necesaria; debido al rigor de mi carácter impulsivo, me impuse en cuanto era menester, para bienestar de la República y de S.E.

Yo tuve razones muy poderosas para unirme con él: convicción de patriota, juntos, a costa de todo. Mi firmeza y mi carácter, debido a que estaba convencida de que Simón sería único en la historia del mundo, como Libertador de una nación grande y soberana.

Cuando surgió el asunto de Guayaquil, yo ya conocía bien al general San Martín, y usé mi amistad con algunos de sus devotos; especialmente con Rosita, para averiguar cosas necesarias a la causa de la anexión de Guayaquil a Colombia.

Convencida, como lo estaba también el Libertador y Presidente, de que Guayaquil era completamente del territorio de Colombia, le aconsejé que no permitiera que esa provincia se separara de su patria madre, y de no permitir que los peruanos in-

tentaran mutilar este pedazo de suelo colombiano.

Le manifesté a S.E. que yo conocía muy bien las debilidades del señor General San Martín, que me había condecorado como «Caballeresa del Sol». Simón no permitió que yo le hablara de esas debilidades. Por el momento. Pero luego me preguntó: «¿Sabe usted señora, con qué elementos puedo, de su intuición de usted, convencer a este señor General, de que salga del país sin alboroto, desistiendo de su aventura temeraria de anexar Guayaquil al Perú?» Entonces yo le contesté: «Vaya usted en persona e impresiones a esos indecisos, acójalos bajo su protección de la República de Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de ese puerto y su provincia».

A San Martín le interesaba Guayaquil, claro; pero no lo merece. Es ceñudo. Está siempre preocupado por la responsabilidad de él. Más parsimonia no se halla en otro cuando habla. Es flemático (metódico), lo mismo que cuando escribe. Además, es masón (yo hasta aquí no sabía que Simón también). Además de todo, el general San Martín es ególatra y le encanta la monarquía, y es mojigato.

«Disponga entonces usted de cualesquiera de estos atributos, además de que él presentará la dimisión por su propia cuenta».

Así que mi señor General y Libertador fue a Guayaquil. Se encontró con el «Protector», que se quejó de que los oficiales de S.E. le recibieron con un saludo de bien venida «a Colombia». Además de que no soportó ni la conferencia ni la fiesta

(se preparó gran alboroto con ese fin). Pues este señor es seco y sombrío. Y se retiró con su ambicioso plan.

Simón prometió que al volver a mí, sería todo él mi propiedad.

Luego «El garzab»: amor y placer que no conocía; paz y dicha que no tuve antes.

Ya he dicho una y mil veces. Mi interés es mi país, es ser quiteña. Muy quiteña fui desterrada para la infelicidad de mi país. Estoy aquí sola y desamparada. Aunque mi orgullo lo niegue. No queda ya más. Nada más, y punto.

Hoy, mayo 19 de 1846 ha venido en llegar un recadero de James, que se ha puesto al habla con Jonathás. Mi marido está de a buenas conmigo; me escribe como todo un amigo mío. Qué flema la de este inglés, paciencia y holgura de sentimientos. A tanto que ya no me olvida.

Bueno, él sabe que la esencia viene en gotas, es fino conmigo y me halaga con regalos y dineros desde Lima. Su empecinamiento no ve mi consagración personal al Libertador Bolívar. No comprende que fuimos amantes de espíritus superiores. Que vivimos una misma posición de gloria ante el mundo, que vivimos un mismo sacrificio y una misma manera de ver las cosas y una misma desconfianza de todos.

Aunque en Simón existiera la condescendencia y el perdón, y en mí la audacia y la intolerancia, fui la

escogida por este señor muy digno para aparecer en sus círculos. Si, también como su compañera de felicidades y de profundas tristezas.

Los dos escogimos el más duro de los caminos. Porque a más del amor, nuestra compañía se vio invadida por toda suerte de noticias; guerra, traición, partidos políticos, y la distancia, que no perdonó jamás nuestra intimidad. Juntos soportamos el allanamiento a nuestras vidas. Hicimos un pacto de respeto a las ideas ajenas, muy por encima del respeto que debió dárseles a las nuestras. ¿Qué fue de nuestra dignidad? ¿A qué mujer cabe todo esto? Dejo aquí porque tengo visita (horror de letra).

Me tratan de orgullosa, ¿lo soy? Si, lo confieso y más. Saberme poseída por el hombre más maravilloso, culto, locuaz, apasionado, noble. El hombre más grande, él que libertó al Nuevo Mundo Americano. Mi amor fue siempre suyo y yo su refugio y donde había el reposo de sus angustias. Y los desvelos por la Patria de él. Simón; mis pensamientos y mis consejos siempre fueron tuyos, aun en el desorden de mis ideas.

Altercábamos, él conmigo por el empeño de mis pasiones. Pero comprendía, las mías de ser mujer y esto me pagaba mi entrega a él. El concebir planes era nuestro juego. Planes con aventuras temerarias (me río). No sabían cómo, pero estábamos en todas partes.

La gente hablaba. Pero qué importaba. Total logramos vencer y basta. Fue necesario separar-

nos. Así el gusano de la desdicha cavó en nuestros males. ¿Lograron deshacerse de él? Pues yo digo que no. Nunca supo la maledicencia, la mentira, la venganza, la traición, el arte mefistofélico, que quedando yo viva, perdurarían sus memorias. La memoria de estos dos seres que logramos unir nuestras vidas en lo más apoteósico de nuestros desvelos. ¡El Amor! Y juntos nos burlamos de los concilios de nuestros enemigos. Estos, desunidos, demoraron en reunir su venganza y su jauría para ver el fin de sus víctimas. Y cómo nos alejamos del alcance de sus intenciones. Para él Santander. Para mi Rocafuerte. Son unos...

Hoy se me hace preciso escribir por la ansiedad. Estoy sentada frente de la hamaca que está quieta como si esperara a su dueño. El aire también está quieto; esta tarde es sorda. Los árboles del huerto están como pintados.

En este silencio mío, medito. No puedo olvidar. Simón no comprendió nunca que todavía no había llegado el momento para emprender la lucha, y lograr conquistas de libertad. Sólo consiguió deshacer su vida de él. La llenó de dificultades. Sus hazañas extraordinarias quedaron vilmente desposeídas de la gloria. Se apagó su orgullo viril y su amor muy adicto por la libertad. Siempre bajo su destino despiadado.

He tenido trabajos en la casa y me he demorado en volver a escribir. Pero aquí estoy de nuevo frente a este diario que es mi refugio.

Un amigo muy querido me preguntó qué había sido yo para el Libertador: ¿una amiga? Lo fui como la que más, con veneración, con la vida misma. ¿Una amante? El lo merecía y yo lo deseaba y con más ardor, ansiedad y descaro que cualquier mujer que adore un hombre como él. ¿Una compañera? Yo estaba más cerca de él, apoyando sus ideas y decisiones y desvelos, más, mucho más que sus oficiales y sus raudos lanceros.

Yo le increpaba su desatino en considerar el «valor» de algunos que se encontraban muy lejos de su amistad. ¿Eran compañeros? Si, obligados por medio a las cortes marciales, al fusilamiento; aunque Simón nunca se empeñó en que esto se diera. Prodigaba insultos a diestra y siniestra. Nunca le fueron reconocidos, ni agradecimientos hubo. Sólo había traiciones, desengaños, atentados.

Qué fueron sus últimos días? El era un hombre solitario, lleno de pasiones, de ardor, de orgullo, de sensibilidad. Le faltó tranquilidad. La buscaba en mí siempre, por que sabía de la fuerza de mis deseos y de mi amor para con él.

Simón sabía que yo le amaba con mi vida misma. Al principio ¡Oh amor deseado... tuve que hacer de mujer, de secretaria, de escribiente, soldado húsar, de espía, de inquisidora como intransigente. Yo meditaba planes. Si, los consultaba con él, casi se los imponía; pero él se dejaba arrebatar de mi locura de amante, y allí quedaba todo.

Como soldado húsar fui encargada de manejar y cuidar el archivo y demás documentos de la campaña del Sur. De sus cartas personales y de nuestras cartas apasionadas y bellas.

Mi sin par amigo dejó en mi una responsabilidad inmensa que yo, agradecida, cumplí a cabalidad con mi vida misma. Como oficial del Ejército Colombiano también me distinguí. Era preciso. Y si no, entonces, ¿qué tendría ese Ejército? Un guiñapo de hombres, mal olientes, vencidos por la fatiga, el sudor del tabardillo con su fiebre infernal, los pies destrozados. Ya sin ganas de victoria.

Yo le di a ese ejército lo que necesitó; ¡valor a toda prueba! Y Simón igual. El hacía más por superarme. Yo no parecía una mujer. Era una loca por la Libertad, que era su doctrina. Iba armada hasta los dientes, entre choques de bayonetas, salpicaduras de sangre, gritos feroces de arremetidos, gritos con denuestos de los heridos y moribundos; silbidos de balas. Estruendo de cañones. Me maldecían pero me cuidaban, sólo verme entre el fragor de una batalla les enervaba la sangre. Y triunfábamos. «Mi Capitana – me dijo un indio, por usted se salvó la Patria». Lo miré y vi un hombre con la camisa deshecha, ensangrentada. Lo que debieron ser sus pantalones le llegan hasta las rodillas sucias. Sus pies tenían el grueso callo de esos hombres que ni siquiera pudieron usar alpargatas. Pero era un hombre feliz, porque era libre. Ya no sería un esclavo.

Difícil me sería significar el porque me jugué la vida unas diez veces. ¿Por la Patria libre? ¿Por Simón? ¿Por la gloria? ¿Por sí misma? Por todo y por darle al Libertador más valor del que yo misma tenía. El vivía en otro siglo fuera del suyo. Sí, el no era el diez y nueve. Sí, él no hizo otra cosa que dar; vivía en otro mundo muy fuera del suyo. No hizo nada, nada para él.

Ayer domingo vi a Don Manuel Suárez y a su hijo, de transeúntes por la plaza; ya está por los quince el niño. Pedro Simón, y que buen uso hace de su nombre (caminando) a más lo comentamos con mi comadre Josefa y dice ella, que el niño sabe bien de dónde procede el nombre, y que me reconoce como madrina. Nunca ha venido por acá, dizque por respeto. Lo espero para unos dulces.

Me di cuenta cómo Santander no quiso nunca ayudar a Perú. Esperaba que los peruanos hicieran solos la revolución y la guerra a los godos; él quería ocuparse sólo de la Patria (Nueva Granada). Sin más complicaciones, sin más obligación por América. Quería que se le eligiera Presidente, para ejercer sus propias leyes; pues deseaba regular todo y enviar «al loco del Libertador al diablo».

Por eso lo pensó todo; incluso costó mucho trabajo la indiscreción de un partidario suyo. Había dicho: «Dejemos que el Libertador se pase al extranjero, al Perú, sin autorización; a fin de cuentas hace lo que le da la gana. Así será como el Congreso podrá

librarse de él y de esa astuta mujer que es su compañera fiel. No le enviemos tropas, ni pertrechos, se joderá la cosa y no sabrá que hacer ya, sin gobierno ni mando».

Inmediatamente le di un informe a S.E. y le rogué que no escribiera cartas desde el Perú; al menos que no las datara en lugar parecido de esos sitios, sino que cambiara esos lugares por otro de fuera del Perú, para que así no le diera ocasión al miserable Santander de que le quitan el mando. ¡Por eso «fusilé» a esa sabandija!

Simón vio la desmoralización en que se encontraba el Ejército, y se desalentó muchísimo, cosa que inmediatamente remedié con un consejo de lo necesario que era para ese momento; y con todos los poderes de los cuales Simón fue investido, comenzar a solucionar todos los problemas de organización, de avituallamiento, de pagos a los soldados, de permisos, de reclutamiento, etc., etc.

Comuniqué a S.E. todo y cuando se hablaba en los círculos, salones de los aristócratas, reuniones, etc. Y de todo cuanto el pueblo hablaba. Jonathás y Nathán sirvieron mucho para esto. Todos los señores Generales y oficiales de S.E. el Libertador guardaban benevolente discreción y simpatía hacia mí. Con deferencia característica hacia «La dama dueña del corazón y de la vida de su Libertador» (me trataban como si fuera yo la esposa legítima de este señor).

Recibí el grado de Húsar, y me dediqué por entero a ese trabajo laborioso de archivar, cuidar y glosar lo más grande escrito por S.E.; incluso salvaguardar nuestras cartas personales.

¡Había allí en Lima tanto desafuero! Pero combatimos lo indeseable. Bajo mi consejo, intuición y celo; se aumentaron las fiestas, la vida social mía. Se acrecentaron las reuniones, para saber descubrir a los enemigos del gobierno. Como espía, de tanto en tanto caía una buena información, la que inmediatamente le daba conocimiento de ella a S.E.

Se me nombró compañera del Libertador. Si, compañera de luchas; metida en asuntos militares y presidenciales. Era necesaria, muy a pesar de los que lo asistían para su trabajo de él: una buena cantidad de ayudantes, Generales, secretarios y auxiliares, de los que no necesitó nunca, pues era tercamente un solitario hombre introvertido, cuando su soledad lo aprisionaba.

Parecía que Simón lo supiera todo. Pero no era así, sus conocimientos necesitaron siempre de mi apoyo; el que era conocer el ambaje de ideas de los naturales de estos lados del Sur. Insistentemente le pedí que fuera implacable más cuando se tratara del bien de la República.

Que no diera pie atrás en cada una de sus decisiones. Cosa por la que me admiraba y respetaba.

Juntos movilizamos pueblos enteros a favor de la revolución, de la Patria. Mujeres cosiendo unifor-

mes, otras tiñendo lienzos o paños para confeccionarlos, y lonas para morrales. A los niños los arengaba y les pedíamos trajeran hierros viejos, hojalatas, para fundir y hacer escopetas o cañones; clavos, herraduras, etc. Bueno yo era toda una comisaria de guerra que no descansó nunca hasta ver el final de todo.

Le comenté que al indio lo que más le gusta es la «Chacra» y su troje, así que Simón repartía tierras, y éstos ayudaban con aprovisionamiento de comida o con hombres.

A principios del mes de octubre de 1823 ya me encontraba en Lima, al cuidado del archivo personal y de campaña de S.E. el Libertador y Presidente.

Le recomendé no involucrar al General Sucre en ninguna batalla por esos días. ¿Intuición femenina? ¿Estrategia? ¡Las dos cosas! Pudo ser la derrota, visto lo actuado hasta allí por el godo Canterac. Además, había que contar con el desorden del ejército colombiano, que se encontraba desmoralizado, y los patriotas ciudadanos, a la expectativa de los acontecimientos.

Otros papeles

Diario de Bucaramanga

(de Perú de la Croix)

Fragmento

Su excelencia se levantó hoy con un poco de ánimo de salir de paseo a caballo. Regresó más alegre y conversador; así que aproveché para que me hiciera algunas confidencias sobre sus sentimientos de él acerca de mi Señora Manuela:

«¿Me pregunta usted por Manuela o por mí? Sepa usted que nunca conocí a Manuela. En verdad, ¡nunca terminé de conocerla! ¡Ella es tan, tan sorprendente! ¡Carajo yo! ¡Carajo! ¡Yo siempre tan pendejo! ¿Vió usted? Ella estuvo muy cerca, y yo la alejaba; pero cuando la necesitaba siempre estaba allí. Cobijó todos mis temores...»

Su excelencia hizo aquí una pausa y luego pronunció:

«¡Siempre los he tenido, carajo! (S.E. se interrumpió y me miró suplicante, fijamente, como tratando de averiguar algo. Bajó la cabeza y pensé y pensé que

se había dormido; pero empezó nuevamente a hablar). Usted De Lacroix la conoce: ¡Todos, todos la conocen! No, no hay mejor mujer. Ni las catiras de Venezuela, ni las momposinas, ni las... ¡Encuentre usted alguna! Esta me domó. Sí, ¡ella supo cómo! La amo. Si, todos los saben también. ¡Mi amable local! Sus avezadas ideas de gloria; siempre protegiéndome, intrigando a mi favor y de la causa, algunas veces con ardor, otras con energía. ¿Carajo! ¿Ni las catiras de Venezuela, que tienen fama de jodidas!

«Mis generales holgaron en perfidia para ayudarme a deshacerme de mi Manuela, aparándola en algunas ocasiones, mientras que yo me complacía con otras. Por eso tengo esta cicatriz en la oreja. Mire usted (enseñándome su grande oreja de S.E., la izquierda, que tiene la huella de una fila de dientes muy finos, y, como si yo no supiera tal asunto), este es un trofeo ganado en mala lid: ¡en la cama! Ella encontró un arete de filigrana debajo de las sábanas, y fue un verdadero infierno. Me atacó como un ocelote, por todos los flancos; me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas y el pecho, y casi me mutila. Yo no atinaba cuál era la causa o argumentos de su odio en esos momentos, y porfiadamente me laceraba con esos dientes que yo también odiaba en esa ocasión.

«Pero tenía ella razón: yo había faltado a la fidelidad jurada, y merecía el castigo. Me calmé y relajé mis ánimos, y cuando se dio cuenta de que yo no

oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y mirándome me dijo: ¡Ninguna, oiga bien esto señor, que para eso tiene oídos: ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama! (enseñándome el arete) No porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan. Se vistió y se fue.

«Yo quedé aturdido y sumamente adolorido, que en llamando a gritos a José, y entrando éste, pensó que había sido víctima de otro atentado (Aquí S.E. sonrío). En la tarde regresó debido a mis ruegos. Le escribí diez cartas. Cuando me vio vendado claudicó, al igual que yo, en la furia de sus instintos. Todo en dos semanas fue un deliquio de amor maravilloso bajo los cuidados de la fierecilla. ¿Usted qué cree? ¡Esto s una clara muestra de haber perdido la razón por el amor! ‘El gran poder está en la fuerza del amor’. Sucre lo dijo.

«Manuela siempre se quedó. No como las otras. Se importó a sí misma y se impuso con su determinación incontenible, y el pudor quedó atrás y los prejuicios así mismo. Pero cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella.

«Fue, es y sigue siendo un amor de fugas. ¿No ve? Ya me voy nuevamente. ¡Vaya usted a saber! Nunca hubo en Manuela nada contrario a mi bienestar. Sólo ella. Si, mujer excepcional, pudo proporcionarme todo lo que mis anhelos esperaban en su

turno. Mire usted. Arraigó en mi corazón y para siempre la pasión que despertó en mí desde el primer encuentro.

«Mis infidelidades fueron, por el contrario de las experiencias, el acicate para nuestros amores, después de lo violenta que fuera la escena de celos de esta mujer. Nuestras almas siempre fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos. Nuestras relaciones fueron cada vez más profundas. ¿No ve usted? ¡Carajos! De mujer casada a Húsar, secretaria y guardián celoso de los archivos y correspondencia confidencial y personal mía. De batalla en batalla, a teniente, capitán y por último, se lo gana con el arrojo y valentía, que mis generales atónitos veían; ¡coronell! ¿Y que tiene que ver el amor con esto? Nada.

Lo consiguió ella como mujer (¡era de armas tomar!). ¿Y lo otro? Bueno, es mujer, y así ha sido siempre, candorosa, febril, amante. ¿Qué más quiere usted que yo le diga? ¡Coño de madre, carajo!»

(Presiento que esta será la última vez que S.E. hable así, tan descarnadamente: sí, de sus sentimientos de él hacia mi Señora Manuela). Hubo un silencio largo y S.E., exaltados los ánimos, se fue sin despedirse. Iba acongojado, triste; balbuciendo: «Manuela, mi amable loca...»

Cartas a Manuela*

Cuartel General en La Magdalena-Lima

Oct. 29 de 1823

Señora Doña Manuela Sáenz

Señora: mi deseo es que usted no deje a este su hombre por tan pequeña e insignificante cosa. Líbreme usted misma de mi pecado, conviniendo conmigo en que hay que superarlo. Vengó ya usted su furia en mi humanidad. ¿Vendrá pronto? Me muero sin usted. Su hombre idolatrado.

Bolívar

* Cinco de las diez cartas —a las que alude el Diario de Bucaramanga— que en un solo día le escribió Bolívar a Manuela, después del episodio del «arete indiscreto».

(2) 6 1/2 p.m.

La Magdalena

Señora:

Nunca después de una batalla encontré un hombre tan maltratado y mal trecho como yo mismo me halla ahora, y sin el auxilio de usted. ¿Quisiera usted ceder en su enojo y darme una oportunidad para explicárselo?

Su hombre que se muere sin su presencia.

Bolívar

(3) 7 1/2 p.m.

La Magdalena

Señora:

En mi situación, ya no encuentro otro recurso que el de levantarme como Lázaro e implorar su benevolencia conmigo.

Sepa usted que parezco perro de hortelano castigado por jauría.

¿No se conmueve usted? Venga, venga pronto, que me muero sin usted.

Bolívar

(4) 8 p.m.

La Magdalena

Señora:

Medite usted la situación. ¿Acaso no dejó de asistirme en unos días? Yo imploro de su misericordia de usted, que proviene de su alma pura; ¿Puedo volver a llamarla mi bella Manuela? Explíqueme qué conducta debo seguir respecto a usted. suyo

Bolívar

(5) 9 ½ p.m.

La Magdalena

Mi adorada Manuelita, el incarme la porcelana iridiscente de tu boca fue el flagelo más sutil demanda por mortal alguno en la expiación de su pecado; tus dedos se adhirieron a mi carne, como en las breñas de la ascensión al Pisba, para darle a este hombre (tu hombre) un hálito mortal, en la contemplación de tu divinidad hecha mujer.

Perdóname, tuyo.

Bolívar

Epistolario

Cuartel general de Guaranda a 3 de julio de 1822
A la distinguida dama
Señora Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y, es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Sólo reflexiono y le doy un tiempo a tí; pues tus palabras me obligan a regresar a tí, porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Sólo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y ésta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por tí. Lo sabes. Dame tiempo.

Bolívar

**«El Garzal» a 27 de julio de 1822
a Su Excelencia General Simón Bolívar**

Muy señor mío:

Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor del guarapo que llega fresco del trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas. Yo me digo: este suelo merece recibir las pisadas de S.E. El bosque y la alameda de entrada al Garzal, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada de usted, evocando la nostalgia de su amada Caracas. Los prados, la huerta y el jardín que está por todas partes, serviránle de inspiración fulgurante a su amor de usted, por estar S.E. dedicado casi exclusivamente a la guerra.

Las laderas y campos brotando flores y gramíneas silvestres, que son un regalo a la vista y encantamiento del alma. La casa grande invita al reposo, la meditación y la lectura, por lo estático de su estancia. El comedor, que se inunda de luz a través de los ventanales, acoge a todos con alegría; y los dormitorios reverentes al descanso, como que ruegan por saturarse de amor...

Los bajíos a las riveras del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos y mojarlos sumergidos en un baño venusiano; acompañado del susurro de los guadales próximos del canto de pericos y loros espantados por su propio nerviosismo. Le digo yo que ansío de la presencia de usted aquí. Toda esta pintura es de mi invención; así que ruego a usted que perdone mis desvaríos por mi ansiedad de usted y de verlo presente, disfrutando de todo esto que es tan hermoso.

Suya de corazón y de alma,

Manuela

El Garzal, a 28 de julio de 1822
General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Aquí estoy yo, ¡esperándole! No me niegue su presencia de usted. Sabe que me dejó en delirio y no va a irse sin verme y sin hablar... con su amiga, que lo es loca y desesperadamente.

Manuela

... Aquí hay todo lo que usted soñó y me dijo sobre el encuentro de Romeo y Julieta... y exuberancias de mi misma.

Quito, a diciembre 3° de 1822

A.S.E.El Libertador Simón Bolívar

Señor mío:

Yo agradezco a usted por el interés que toma sobre mi persona, porque usted bien sabe de mi presencia en cuerpo y alma a su lado.

Sobre lo que me dice usted en su carta del 25 del presente, me hace sentir la soledad que acompaña lo que es ahora la distancia.

Considéreme usted su amor loco y desesperado por unirme hasta la gloria de su ser; supongo que se halla usted en igual condición como lo está la más fiel de sus amigas que es:

Manuela

Cuartel general de Pasto, a 30 de enero de 1823

Mi adorada Manuelita:

Recibí tu apreciable que regocijó mi alma, al mismo tiempo que me hizo saltar de la cama; de lo contrario ésta hubiera sido víctima de la provocada ansiedad en mí.

Manuela bella, Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo, a encontrarme con la más dulce y tierna mujercita que colma mis pasiones con el ansia infinita de gozarte aquí y ahora, sin que importen las distancias. ¿Cómo lo sientes, ah? ¿Verdad que también estoy loco por tí?...

Tu me nombras y me tienes al instante. Pues sepa usted mi amiga, que yo estoy en este momento cantando la música y tarareando el sonido que tú escuchas. Pienso en tus ojos, tu cabello, el aroma de tu cuerpo y la tersura de tu piel y empaco inmediatamente, como Marco Antonio fue hacia Cleopatra. Veo tu etérea figura ante mis ojos, y escucho el murmullo que quiere escaparse de tu boca, desesperadamente, para salir a mi encuentro.

Espérame, y hazlo, ataviada con ese velo azul y transparente, igual que la ninfa que cautiva al argonauta.

Catahuango, a febrero 12 de 1823

A Su Excelencia General Simón Bolívar

Simón:

A más de encontrarme condenada por mis parientes en Quito, la suerte al revés en mi matrimonio (siempre supe desde el principio que sería así), usted me incomoda con el comportamiento de usted, de sus sentimientos que son desprendidos de toda realidad.

¿Dice usted que me piensa, me ama, me idolatra? ¿Cree usted que este destino cruel puede ser justo? ¡No! ¡mil veces no! ¿Quiere usted la separación por su propia determinación, o por los auspicios de lo que usted llama honor? La eternidad que nos separa sólo es la ceguera de su determinación de usted, que no lo ve más. Arránquese usted si quiere su corazón de usted, pero el mío ¡No! Lo tengo vivo para usted, que si lo es para mí toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios.

Suya

Manuela

Cuartel General de Lima, a 13 de Septiembre de 1823

A la señora Manuela Sáenz

Mi buena y bella Manuelita:

Profunda preocupación tiene mi corazón, a más de mi admiración por tu valentía al enfrentarte sola al anatema de la luz pública, en detrimento de tu honor y de tu posición.

Sé que lo haces por la causa de la Libertad, a más que por mí mismo, al disolver, con la intrepidez que te caracteriza, ese motín que atosigaba el orden legal establecido por la República, y encomendado al General Salom en Quito.

Tu has escandalizado a media humanidad, pero sólo por tu temperamento admirable. Tu alma es

entonces la que derrota los prejuicios y las costumbres de lo absurdo; pero Manuela mía, he de rogarte: prudencia, a fin de que no se lastime tu destino excelso en la causa de la libertad de los pueblos y de la República. Prefiero que vengas a Lima, a fin de hacerte cargo de la secretaría y de mi archivo personal, así como los demás documentos de la Campaña del Sur.

Con todo mi amor.

Bolívar

Quito, septiembre 23 de 1823

S.E. Simón Bolívar

Señor:

Bien sabe usted como ninguna otra mujer que usted haya conocido, podrá deleitarlo con el fervor y mi pasión que me unen a su persona, y estimula mis sentidos. Conozca usted a una verdadera mujer, leal sin reservas.

Suya

Manuela

Cuartel General de Lima, septiembre 28 de 1823

Al señor Edecán de S.E. el Libertador

Coronel Daniel Florencio O'Leary

En vista de la necesidad que acontece en estos tiempos, pido a usted se sirva ejecutar los arreglos neces-

rios; dándosele a la distinguida dama doña Manuelita Sáenz los pormenores de la secretaría, archivo general, más documentos de la Campaña del Sur; para que trasladados a la quinta La Magdalena, se organice su incorporación al Estado Mayor General de la Campaña Libertadora, y con el rango de Húsar.

Bolívar

Lima, a octubre 18 de 1823

S.E. el Libertador.

Muy señor mío:

Tiene usted mi amor verdadero, con el prendimiento de mi corazón por usted. No me calmo hasta que usted me dé su explicación de su ausencia de usted, sin que yo sepa qué se ha hecho usted. ¿Es que no ve el peligro? ¿O yo no le intereso más que ayer? Decida usted, porque yo me regreso aun sin la gloria de usted, que no vacila en hacerme sufrir.

Suya

Manuela

Lima, a 27 de febrero de 1824

Al señor Libertador General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Por correo he sabido de su desgracia de usted. ¿No ve usted señor por usted mismo? Corro a su lado hasta Pativilca. Escribo muy de prisa por el ansia

que tengo. Mañana salgo con algunos patriotas y tropa de Lima, pues son noticias frescas el que los peninsulares junto con los traidores de Torre Tagle, dan ultimátum a esta ciudad; y hallo justificación en hacerlo porque para usted su salud no cuenta. Yo bien sé que por mi compañía usted se sentirá mejor, dando al traste con todas sus desgracias, que yo pueda ser remedio de sus males. ¿Me espera usted? Su amiga desesperada por verlo que es,

Manuela

Huamachuco, a 26 de mayo de 1824
General Simón Bolívar

Señor mío:

He de decirle a usted que mi paciencia en no ver su ánimo disponible hacia su amiga, que lo es sincera, tiene un límite. Usted que tanto hablaba de corresponder gentilmente a los amigos, duda en escribirme una línea; esto me provoca una agonía fatal, pues no encuentro que satisfaga mis interrogantes acerca de usted o de su comportamiento austero, aunque diplomático.

¿He de preguntarle a usted mismo? No, porque ni siquiera piensa en mí, ni su respuesta es espontánea. Téngame un poco de amor, aunque sólo sea por lo de patriota.

Manuela

Huamachuco, a 30 de mayo de 1824
General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Me pregunto a mí misma si vale la pena tanto esfuerzo en recuperarlo a usted de las garras de esa pervertida que lo tiene enloquecido últimamente. Dirá usted que son ideas absurdas. He de contarle que sé los pormenores de muy buena fuente, y usted sabe que sólo me fío de la verdad. ¿Le incomoda mi actitud? Pues bien: tengo resuelto desaparecer de este mundo, sin «el permiso del Señoría», ya que no me llegará a tiempo, debido a sus múltiples ocupaciones...

Manuela

Cuartel General en Huaraz, a 9 de junio de 1824
Manuelita

Mi adorada:

Tu me hablas de orgullo que sientes de tu participación en esta campaña. Pues bien, amiga: ¡Reciba usted mi felicitación y al mismo tiempo mi encargo! ¿Quiere usted probar las desgracias de esta lucha? ¡Vamos! El padecimiento, la angustia, la impotencia numérica y la ausencia de pertrechos hacen del hombre más valeroso que un títere de la guerra.

Un suceso que alienta es el hallarse en cualquier recodo con una columna rezagada de godos y quitarle los fusiles. ¡Tu quieres probarlo! Hay que estar

dispuesto al mal tiempo, a caminos tortuosos a caballo sin darse tregua, tu refinamiento me dice que mereces alojamiento digno y en campo no hay ninguno. No disuado tu decisión y tu audacia, pero en las marchas no hay lugar a regresarse. Por lo pronto no tengo más que una idea que tildarás de escabrosa: pasar al Ejército por la vía de Huaraz, Olleros, Chovein y Aguamina al Sur de Huascarán.

¿Crees que estoy loco? Esos nevados sirven para templar el ánimo de los patriotas que engrosan nuestras filas. ¿A que no te apuntas? Nos espera una llanura que la Providencia nos dispone para el triunfo. ¡Junín? ¿Qué tal?

A la amante idolatrada
Tuyo,

Bolívar

Huamachuco 16 de junio de 1824

A.S.E. el Libertador Simón Bolívar

Mi querido Simón

Mi amado: Las condiciones adversas que se presenten en el camino de la campaña que usted piensa realizar, no intimidan mi condición de mujer. Por el contrario, yo las reto. ¡Qué piensa usted de mí! Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no? De corazón le digo: no tendrá usted más fiel compañera que yo y

no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme..

¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria ésta, sino de valor y de amor a la independencia (no se sienta usted celoso)

Suya siempre

Manuela

Huaraz, a junio 17 de 1824

A.S.E. el Libertador Simón Bolívar

Muy señor mío:

Quisiera usted referirme ¿qué clase de hombre es este Santander, que siendo su enemigo usted lo tolera? Sin que haga nada usted por esquivar esas infamias por las que en su correspondencia me doy cuenta, cómo injusta y deliberadamente no acoge sus peticiones de usted. Tenga cuidado.

Suya,

Manuela

Cuartel General de Junín a 6 de agosto de 1824

Al señor teniente de Húsares de S.E.

El Libertador y Presidente de Colombia

Señora Manuela Sáenz

Mi muy querida Manuela:

En consideración a la Resolución de la Junta de Generales de División, y habiendo obtenido de ellos

su consentimiento y alegada su ambición personal de usted de participar en la contienda; visto su coraje y valentía de usted de su valiosa humanidad en ayudar a planificar desde su columna las acciones que culminaron en el glorioso éxito de este memorable día; me apresuro, siendo las 16:00 horas en punto, en otorgarle el *Grado de Capitán de Húsares*; encomendándole a usted las actividades económicas y estratégicas de su regimiento, siendo su máxima autoridad en cuanto tenga que ver con la atención a los hospitales, y siendo este el último escaño de contacto de mis oficiales con la tropa.

Cumplo así con la justicia de dar a usted su merecimiento de la gloria de usted, congratulándome de tenerle a mi lado como mi más querido oficial del Ejército Colombiano.

Su afectísimo

S.E. el Libertador
Bolívar

Juja, agosto 30 de 1824
Señor Coronel Juan Santana

Mi amigo:

Tengo que decirle del recibo de su carta del 24, y la del 28 del presente, en las que oportunamente me comenta de los grandes esfuerzos realizados por los patriotas en la victoria de Junín; y de que no ha leído ni visto usted cartas más desde su salida de Huriaca.

Le confío que me vi perdida a unas 80 leguas de usted entre las montañas, pero en ningún momento dejé de pensar en escribirle y contarle los pormenores de mi rechazo. Usted me conoce bien, no sea injusto conmigo.

Su muy amiga,

Manuela

Cuartel General en Andahuaylas, a 26 de septiembre de 1824
(Confidencial)

Manuela mía:

El 3 del próximo deseo que te reportes con «Héctor», a fin de coordinar el asunto que nos preocupa. El coronel Salguero lleva los partes de la estrategia, para que Héctor vea la conveniencia de hacerlo en Huamanga frente al Condorcunga. El motivo: que todos los batallones sepan que el Libertador y Presidente está allí, con ellos, en su tienda de campaña, aunque «con tabardillo». El general Salom llegará en mi mula parda a fin de que crean que soy yo.

Tu serás muy útil al lado de Héctor, pero es una recomendación para tí, y una orden de tu General en Jefe, de que te quedes pasiva ante el encuentro con el enemigo. Tu misión será la de «atenderme», entrando y saliendo de la tienda del Estado Mayor, y llevando viandas de agua par «refrescarme», al tiempo de que en cada salida llevas una orden mía (de

los partes que estoy enviándote) a cada General. No desoigas mis consideraciones y mi preocupación por tu humanidad. ¡Te quiero viva! Muerta yo muero.

Tuyo

Bolívar

**Cuartel General de Chalhuancada,
a octubre 4 de 1824**

**A la señora Capitana de Húsares de la Guardia
Manuela Sáenz
(Personal)**

Mi muy querida Manuelita:

te pido con el consejo de mis pensamientos, que batallan con el ardor de mi corazón, que te quedes ahí. Lo hago no por separarme de ti, pues tú eres el ser que más quiero y porque siempre estoy pensando en tí. Tu presencia servirá para que te encargues de hacerme llegar informes minuciosos de todo pormenor, que ninguno de mis Generales me haría saber, más por sus preocupaciones personales, que por intrigas o desavenencias. Al mantenerme al tanto al tanto de todo lo que acontece allí, puedo mirar dos frentes, seguro de encontrar el respaldo que tú lograrás en ese cuartel.

Soy tuyo de corazón.

Bolívar

Cuartel General de Huancayo, a 24 de octubre de 1824

Mi adorada Manuelita:

Mi bella y buena Manuela, hoy he recibido la Ley del Congreso de Colombia, del 28 de Julio, quitándose todas las Facultades Extraordinarias de las cuales me hallaba investido por el ejecutivo; traspasándolas todas, sin excepción, a Santander.

Mi corazón ve con tristeza el horrible futuro de una Patria que sucumbe ante la mezquindad de los intereses personales y de partidos.

A todos cabe sin embargo una disculpa. Tu en cambio te conservas fiel a mi. Sin embargo, por el amor que me profesas, no hagas nada que nos hundiría a los dos, desconoce el hecho como un desliz de mis detractores, sin más que guardar la compostura que obliga en estos , casos mientras yo recurro a mi intuición a fin de organizar mi relevo de estas responsabilidades en Sucre.

Tuyo,

Bolívar

Chancayo, a 9 de noviembre de 1824

Mi adorada Manuelita:

Estoy muy agradecido por tu oportuna correspondencia, que al detalle me informa de los odios de esas gentes perniciosas, la mayoría campesinos

que sin más motivo que el de su rebeldía hostigan a las tropas. También los del comportamiento de los Generales Uno y Heres.

Sucre ya tiene las órdenes pertinentes a la marcha; tú por vías de paciencia queda a la espera de mi retorno, que será muy pronto, pues ansío tus amables caricias y contemplarte con mi pasión, que lo es loca por tí. Tu único hombre,

Bolívar

Cuartel General de Huancavilca
Diciembre 20 de 1824
Señora doña Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

Al recibir la carta del 10, de letra de Sucre, no tuve más que sorprenderme por tu audacia, en que mi orden de que te conservaras al margen de cualquier encuentro peligroso con el enemigo, no fuera cumplida; a más de que tu desoída conducta, halaga y ennoblece la gloria del Ejército Colombiano, para el bien de la Patria y «como ejemplo soberbio de la belleza, imponiéndose majestuosa sobre los Andes». Mi estrategia me dio la consabida razón de que tu serías útil allí; mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón el estandarte de tu arrojo, para nombrarte como se me pide: Coronel del Ejército Colombiano.

Tuyo

Bolívar

República de Colombia Vicepresidencia
Bogotá, enero 23 de 1825

Al Excelentísimo señor Presidente de la re-
pública de Colombia S. E. Simón Bolívar
(Privado)

En oficio del 9, número 3, que recibí del Jefe del Ejército de Occidente, fui notificado de cómo marchan las cosas por esas provincias del Sur, donde el honor del Ejército, enaltecido por la gloria de Ayacucho, se ve mancillado por el infortunio de las habladurías.

S. E., que se precia de ser auspiciador del altísimo honor de pertenecer al Ejército Colombiano, permite tamaño desatino que, si no fuera por oficio de mi conocimiento, yo omitiría tal, pensando que V.E. está controlando.

Por mi asombro vive una verdadera y cruda realidad. El ejército, que no necesita auspicios de huelga, recibo el aliento de su Jefe Supremo, que premia en conceder un alto rango que sólo se obtiene con el valor demostrado en el rigor del combar. ¿Ser Coronel del Ejército Colombiano merece sólo la consideración que V.E. le está dando? Solicito a V, con el respeto que le merezco, el que V.E. degrade a su amiga, pues que actos de ascensión como ese, sólo perjudican en política a V.E. y más grave aún, en lo castrense, en recibir un desfavor de este cuerpo, cuyos hombres ven con repudio tan fácil concesión de hace más de un mes.

Si V.E. considera el discutirlo personalmente, yo lo espero en Fucha, con el fin de contribuir al buen entendimiento de los oficiales de este cuerpo con el gobierno y con V.E. Si S.E. no considera ésta, me veo en la dignísima obligación de enviarle en tiempo prudente otras, tal vez con un carácter más enérgico, a fin de conseguir a V.E. su opinión por el hecho favorable en estos requerimientos, por salvaguardar el honor de nuestro querido Ejército.

Por lo demás, cuente S.E. con mi trabajo.

Dios guarde a V.E. muchos años.

F. P. Santander

Cuartel General de Lima, a febrero 17 de 1825
Al Señor General Francisco de Paula
Santander
Vicepresidente de la República de Colombia

Mi querido General:

Ciertamente que conozco de usted el apego a las leyes de disciplina militar, que usted mismo me ayudó a perfeccionar. Yo le diré a usted que éstas son rigurosamente ejecutadas y establecidas por todos los oficiales, esto y más, ¡la tropa no duda un momento en cumplirlas! De donde quiera que usted haya sacado que mi influencia es el motivo de que Manuela sea ahora Coronel del Ejército Colombiano, no es más que una difamación vil y despreciable como ausente de toda realidad.

Usted la conoce (a Manuela) muy bien, incluso sabe de su comportamiento cuando algo no le encaja. Usted conoce, tan bien como yo, de su valor como de su arrojo ante el peligro. ¿Qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy el ascenso, sólo con el propósito de hacer justicia.

Yo le pregunto a usted, ¿se cree usted más justo que yo? Venga entonces y salgamos juntos al campo de batalla, y démosles a los inconformes una bofetada con el guante del triunfo en la causa del Sur. Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que «no sean su fervor por la completa Libertad de los pueblos de la opresión y la canalla». ¿Que la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un Ejército se hace con héroes (en este caso de heroínas) y éstos son el símbolo del ímpetu con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor.

Usted tiene razón de que yo sea tolerante de las mujeres a la retaguardia; pero yo le digo a usted S.E. que esto es una tranquilidad para la tropa, un precio justo al conquistador el que su botín marche con él. ¿O acaso usted olvidó su tiempo? Yo no soy sin embargo débil, ni temo a alguno que no diga la verdad.

S.E. el Libertador
Bolívar

Lima a 14 de abril de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Sé que ha partido con usted mi única esperanza de felicidad. ¿Por qué entonces, le he permitido escurrirse de mis brazos como el agua que se esfuma entre los dedos? En mis pensamientos estoy más que convencida de que usted es el amante ideal, y su recuerdo me atormenta durante todo el tiempo.

Encuentro que satisfaciendo mis caprichos se inundan mis sentidos, pero no logro saciarme, en cuanto a que es a usted a quien necesito; no hay nada que se compare con el ímpetu de mi amor. Comprar perfumes, vestidos costosos, joyas, no halaga mi vanidad. Tan sólo sus palabras logran hacerlo. Si usted me escribiera con letras diminutas y cartas grandotas, yo estaría más que feliz.

Mis labores no terminan nunca, pues empieza una y no termina y ya tengo otra empezada. Confieso que estoy como embotada y no logro hacer nada. Dígame qué debo hacer, pues no atino ni una, y todo por el vacío de usted aquí.

Si usted me dijera venga, yo iría volando, ¡así fuera al fin del mundo!

Su pobre y desesperada amiga,

Manuela

Cuartel General Ica, a 21 de abril de 1825

Mi adorada Manuelita:

Voy acompañado, quiero decir, con la compañía de tus gratísimos recuerdos. Pienso dentro de mis relaciones que mucho a ha de ser el trabajo que debo realizar y sé que me esperan la Grandeza y la Gloria. Sin embargo, todo se empaña en la remembranza de tu imagen vestal y hermosa, casi causante de esta lucha interna de mi corazón que se halla entre mis deberes: la disciplina, mi trabajo intelectual y el amor. No sabes Manuela mía cómo te ansía este corazón viejo y cansado, en el deseo ferviente de que tu presencia lo rejuvenezca y lo haga palpitar de nuevo al ritmo de como sano!

Sobre la base de mi temor, sé que no está bien insistir en tu viaje acá, pues faltarías a las obligaciones para con tu marido. Sin embargo, ni yo mismo puedo engañarme. Tu suerte que te ha tocado, me entristece mucho por lo de tus sacrificios que quieres solo para conmigo. Yo te lo agradezco. Mis sentimientos se agigantan junto con mis deseos, al pensar en tí, y en todo lo arrobador de tu espíritu sin igual, además de tu encantamiento femenino.

Muy pronto sabré qué determinación habremos de tomar ante esta situación que nos destroza el alma. Por lo pronto debemos tener paciencia de franciscano.

Tuyo en el alma,

Bolívar

Cuartel general en Ica, 26 de abril de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor, marco hoy con destino al Alto Perú, a Chuquisaca, lleno de proyectos que son mi ilusión de crear una nueva República. Y por lo tanto la demanda ha de ser mucho trabajo que realizar con la dirección de la Providencia y donde alcanzaré lo más grande de mi gloria, que me tiene pensando en tí a cada momento en que tu imagen me acompaña a todo lado, haciendo de ideas vivas el palaciego almíbar de mi vida y mis labores.

Sin embargo, soy preso de una batalla interior entre el deber y el amor; entre tu honor y la deshonra, por ser culpable de amor. Separarnos es lo que indica la cordura y la templanza, en justicia ¡odio obedecer estas virtudes!

Soy tuyo de alma y corazón,

Bolívar

Lima, a mayo 1 de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Recibí su apreciable que disgusta mi ánimo por lo poco que me escribe, además que su interés por cortar esta relación de amistad que nos une al menos en el interés de saberlo triunfante de todo lo que se propone. Sin embargo yo le digo: no hay que huir

de la felicidad cuando ésta se encuentra tan cerca. Y tan solo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida.

Su excelencia sabe bien cómo lo amo. Si, ¡con locura!

Usted me habla de la moral, de la sociedad. Pues bien sabe usted que todo eso es hipócrita, sin otra ambición que dar cabida a la satisfacción de miserables seres egoístas que hay en el mundo.

Dígame usted: ¿Quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan; pero atados a convencionalismos y llenos de hipocresía. ¿Por qué S.E. y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé?

Usted mi señor lo pregona a cuatro vientos: «El mundo cambia, la Europa se transforma, América también».

¡Nosotros estamos en América! Todas estas circunstancias cambian también. Yo leo fascinada sus memorias por la Gloria de usted. ¿Acaso no compartimos la misma? No tolero las habladurías, que no importunan mi sueño. Sin embargo, soy una mujer decente ante el honor de saberme patriota y amante de usted.

Su querida a fuerza de distancia.

Manuela

Lima, a mayo 3 de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Mi amor idolatrado:

En la anterior comenté a usted mi decisión de seguir amándole, aún a costa de cualquier impedimento o convencionalismos, que en mí no dan preocupación alguna por seguirlos. ¡Sé qué es lo que debo hacer y punto! No hay que burlarse del destino (éste según usted es cruel, despiadado). No, yo creo que, por el contrario, nos ha hecho encontrar, no dio la oportunidad de vernos e intercambiar opiniones de aquello que nos interesaba, de la causa patriota y, desde luego... Si no sabemos aprovechar esto, después se vengará de nosotros y entonces no tendrá misericordia ni piedad.

Usted que me tenía un poquito de amor ha permitido que la ilusión de usted se pierda, y yo veo todo con desesperanza. En todo lo que usted me escribe, deseo conocer algo de su pensamiento, como queriendo convencerme a mi manera y a mí misma, que usted tampoco está dispuesto a cortar nuestra relación. Véale por usted mismo: nada hay en el mundo que nos separe, que no sea nuestra propia voluntad. La mía es seguir a costa de mi reposo y mi felicidad. ¿Qué dice usted?

Suya

Manuela

Lima, a 5 de mayo de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Muy señor mío:

¿Por qué se ha ido usted sin mí? ¿No ve que me ha hecho sufrir mucho? Dígame dónde está. Estoy muy triste, pero no puedo juzgarlo. Sé que al alejarse ha querido evitarme un gran dolor.

Usted tiene un corazón de oro, eso lo sé. Sin embargo no quiero que se desobligue de mí. Yo que estoy enferma de ansiedad y local por la ausencia de usted; únicamente puedo soportarlo todo a su lado; me sobra mucho, ¡demasiado amor para dárselo! Lo único que me importa es su amor, sentirme segura en sus brazos.

Ahora dirá usted que soy libidinosa por todo lo que voy a decir: que me bese toda, como me dejó enseñada, ¿no lo vé? ¿Cómo me las arreglaré sin la presencia de usted? Pregunto, ¿por qué me ha dejado enamorada? ¡Con el alma hecha pedazos! Usted dice que el amor nos libera. Si pero juntos. Eso fue comprobado por lo de Junín, de lo contrario me siento encarcelada en mi desasosiego.

No le pido que piense en mí, dígame que me ha amado a mí más que a ninguna otra. Perdóneme el fastidio de mi delirio, pero es que lo adoro; soy una mujer enamorada; tenga usted un poquito de compasión y consideración por mí.

Se que lo que voy a decir no le gustará pero sí: me muero de celos al pensar que podría usted estar con otra; pero yo sé que ninguna mujer sobre la faz de la tierra podría hacerlo tan feliz como yo. ¿Orgullo? Piense usted que sí, ¡pero es la verdad más dichosa! Por su amor seré su esclava si el término amerita, su querida amante; lo amo, lo adoro, pues es usted el ser que me hizo despertar mis virtudes como mujer. Se lo debo todo, amén de que soy patriota.

Suya

Manuela

Lima, a 9 de mayo de 1825

A su Excelencia al General Bolívar

Muy señor mío:

Mucho me alegra conocer su sana ambición de crear esa nueva República, que tanta falta le hace como equilibrio a la organización política del Sur, dando lugar a establecer un orden y principio, regulando al Perú y la Argentina el espacio de sus territorios.

Espero con profunda ansiedad ver colmadas sus aspiraciones, que si son muy justas, en cambio en las lides de su interior no lo son. ¿Por qué privarse del goce infinito del amor? ¿Qué tan alta es la honra para que sobrepase a la del Gran Bolívar y cuál es la cordura y la templanza que obligan al Libertador a

enjuiciarse a sí mismo? Si una de las virtudes primordiales es la obediencia al amor, que la misma providencia auspicia en todo ser humano.

Dispéñeme usted mi terquedad, pero en esto tengo razón; de lo contrario mi desvergüenza arderá en mi contra como la culpable de su desasosiego. Quien la ama hoy como nunca.

Suya

Manuela

p. 97

Lima, a 18 de mayo de 1825

General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Yo sólo sé que usted se hace más difícil en cuanto se entretiene en homenajes muy justamente rendidos en honor a la Gloria de usted; cosa que en cierto modo me resarce de su ausencia y me alimenta en lo que en mí refleja la sombra de su Gloria.

Si, porque sólo la sombra de usted, mi Glorioso Libertador, es la que me cubre en el absurdo de mi convivencia en este hogar que aborrezco con todo mi corazón. Mi mortificación va en el sentido de la ausencia de usted, aunque no me entristece todavía, pues guardo su imagen constante como aliciente de este desatinado matrimonio que lejos de enriquecerme me envilece, por el desagrado con el que atiendo las cosas de la casa como matrona.

Contésteme usted aunque sea sólo una línea, ¿sí? Dele vida a esta pobre mujer que amargada por las circunstancias desea sólo estar a su lado y no apartada de usted.

Suya

Manuela

Lima, a 28 de mayo de 1825

Muy señor mío:

El teniente Salguero vino en dejarme su apreciable del 17, en que me hace gracia de sus escapadas a las funciones de gala en los recibimientos y homenajes en honor a la gloria de usted.

Bien sabe que comparto esas estrategias por su seguridad de usted; pues a mi modo de ver es muy válido el que su Estado Mayor se preocupe por su vida, siendo que los malvados lo buscan como si fuera usted el único responsable de todo lo que pasa aquí.

Me dio mucha alegría leer su entusiasmo en lo referente al Decreto y Leyes por la creación de la República Bolívar o «Bolivia», como S.E. se empeña en llamarla. Bien sabe que en usted veo que sí haya razón y juicio para tales fines y no en los de la creación de Santander.

Estimo muy conveniente que usted resuelva en correspondencia a este señor, su posición y educación de usted, así como todo lo que S.E. conoce y

sabe, tanto en instrucción de libros sabios que usted ha estudiado, como en instrucción de milicia desde niño, para que le calme las dudas e intrigas a satisfacción de la propia ignorancia de él.

La inteligencia de S.E. sobrepasa a los pensamientos de este siglo, y bien sé que las nuevas generaciones de esa provincia y de América, seguirán el resultado de las buenas ideas de usted, en procura de una libertad estable y hacienda saludables.

Le envío unos cariñitos y dulces que le encantan a S.E. Use el pañuelo que le bordé para usted, con mi amor y devoción, así como la camisa, que es inglesa. Esta la compré a un vendedor que trajo mercadería en una goleta que naufragó cerca del Callao, y por su mercancía sin aduana no piense usted otra cosa. Lo amo desde lo más profundo de mi alma. Cuidado con las ofrecidas. ¡Que de mí se olvida para siempre!

Suya

Manuela

Cuartel General Arequipa, junio 8 de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor: Tu hermosa carta del 1 de mayo y la perentoria del 3, me han hecho reflexionar en todas las circunstancias que nos afectan mutuamente. Añoro que en estas tierras no estés tú a mi lado, disfrutando de encuentros gloriosos con quienes premiaron al

genio de mi Proyecto de Constitución Política del 16 de mayo, sobre la creación de la Nación Bolívar.

Aquí todo es alegría, pues con recibirme con arcos triunfales y conducirme bajo palio, engalanan mi vanidad que no es otra que la satisfacción de ver cumplidos mis anhelos de crear una quinta República; quedando ésta constituida por las cuatro provincias de Chuquisaca, Charcas, La Paz, Potosí y Cochabamba. Esto es mi vivo interés para que no conste en parte de la nación Argentina, por lo del pronunciamiento del año 10, ni del Perú, que es otra a la cual perteneció.

Sé, mi amor, que en esto no hay otra cosa que los ensueños de tu maravillosa imaginación. No te mortifiques más Tu corazón venturoso debe empeñarse con inquietudes que sólo son los hechizos fatuos de la incomprensión de tu marido. Relegaría con gusto todo lo que aquí acontece, con el torbellino que mi pasión ansía invadir tu intimidad y la mía.

Mi agradecimiento es a todas tus atenciones y desvelos que llegan en procesión de sucesivos cariños, delicias y cuidados, que hacen sentir pobre mi descomedida actitud, que es sólo por la fuerza de mis obligaciones aquí. Sí, perdóname. A partir de hoy dedicaré un poco de tiempo a esta agradable tarea de escribirte.

Tu amante

Bolívar

Cuartel General en Arequipa, junio 16 de 1825
A la dulce, muy dulce y adorada Manuelita

Mi amor: Sé que tú tienes mucha disposición hacia mí y que has aprendido todas las artes de la estrategia del amor. Esto ha creado una deliciosa intimidad de pensamiento y afectos mutuos, que son ahora para mí un grato motivo de felicidad. ¿Sigues siendo la joya sagrada y sensual llena de encantos y atributos de belleza? Pues bien querida amiga, yo sigo pensando y gozando de mi imaginación, aunque sé que no ignoras la magnitud de su sacrificio si resuelves venir acá. Si, yo invito. ¿Viva el amor en el raso y la seda, las camas mullidas con blandos colchones, los terciopelos rojos, las alfombras, la gloria de ver a una mujer más linda que Cleopatra, ejerciendo todo el poder de sus encantos sobre mis sentidos; el ludi-brio de rasgar tus vestidos sin importar su costo, deshaciendo al mismo tiempo tu laborioso peinado de tocador.

Me atraen profundamente tus ojos negros y vivaces, que tiene el encantamiento espiritual de las nin-fas; me embriaga sí, contemplar tu hermoso cuerpo desnudo y perfumado con las más exóticas esencias, y hacerte el amor sobre las rudimentarias pieles y alfombras de campaña.

Todo esto es una obsesión, la más intensa de mis emociones ¿Que he de hacer? Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril de mis noches de delirio.

La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de colonialismo es perniciosa y farsante; por eso no debemos actuar, como tu bien dices, sino al llamado de nuestros corazones.

Soy tuyo del alma

Bolívar

General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Mi genio, mi Simón, amor mío, amor intenso y despiadado. Sólo por gracia de encontrarnos daría hasta mi último aliento, para entregarme toda a usted con mi amor entero; para saciarnos y amarnos en un beso tuyo y mío, sin horarios, sin que importen el día y la noche y sin pasado, porque usted mi Señor es el presente mío, cada día, y porque estoy enamorada, sintiendo en mis carnes el alivio de sus caricias.

Le guardo la primavera de mis senos y el envolvente terciopelo de mi cuerpo (que son suyos).

Su Manuela

Cuartel General Pucará, a 17 de junio de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor, me gustó mucho lo que dices que has ido a rezar, porque en verdad debemos tener fe en

que estaremos juntos muy pronto; pero para ello trataremos de ser cada día mejores, más buenos que el anterior; aunque sobra decírtelo porque tú naciste buena y humanitaria. Por esto me siento plenamente orgulloso de tí, porque sé de tus caridades y benevolencias. Me encanta que seas piadosa (aunque no lo eres tanto), amén de que te desvives por los desposeídos. de paso sé que haces respetar la imagen de la República con fervor y ahínco; sólo que esto te trae mil contrariedades.

Cada vez que recuerdo tu hermosa figura viene a mí el goce de las noches de amor interminables, donde tú eres la amante deliciosa y somos dos seres absorbidos por el amor, que nos es esquivo en tanto tus obligaciones y las mías distan mucho de acercarse por la poca o ninguna similitud de las mismas.

Si tuvieras obligaciones acá, entonces seríamos más dichosos, pues tu trabajo tendría que ver conmigo; esto acaso es una suposición; entonces no nos separaríamos más.

Tuyo de corazón y de alma,

Bolívar

Cuartel General de Cuzco, 10 de julio de 1825
Benevolente y hermosa Manuelita:

Ahora todo tiene significado en la grandiosidad de ser libres, transformándose en Gloria con sabor a triunfo. He tomado muy en cuenta tu estimación

sobre las apreciaciones que tiene Santander sobre mí, y yo le he escrito con mi acervo de propiedad y cultura, ampliando su concepto que de mí se lleva: mi cultura adquirida por el contacto con mis ilustres amistades, por el permanente saber en las inagotables fuentes de valiosos libros, y la inteligencia con que la Divina Providencia me ha distinguido. Te remito copia de la misma, por considerarla ilustre dentro de mi modestia; pues no tengo blanduras con nadie y menos con Santander. En lo que respecta a mi condición e integridad de ciudadano y hombre libre, él lo sabe.

Tuyo

Bolívar

Lima a 14 de julio de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Mi amor idolatrado:

Hoy he recibido su apreciable del 16 de junio próximo pasado, que luego de leer con viva emoción me ha puesto a reír, cantar, llorar y bailar de emoción y alegría. Hasta la llegada de ésta he fumado tantos cigarros que estoy ronca y con voz grave; por lo que Nathán se ha puesto a ridiculizarme, casi la mato de un abrazo, como si fuera usted.

Déjeme usted estar feliz con mis caprichos y mis voluptuosidades, que desde luego contaré con detalles a usted; que sé gozará en inmensidad de sus pla-

ceres mentales peregrinos. Bastante bien se ha llevado usted mi imagen, pues no la pierda nunca! Sigo siendo bella, provocativa, sensual y deliciosa. ¡Ah mis encantos son suyos y cualquier sacrificio no sería nada, con tal de estar en la proximidad, de usted.

Presto he terminado la lectura de su carta y me dedico a contestarle, en la invariable seguridad de que usted me seguirá escribiendo cartas de amor, que son el pretexto de seguir con vida. Lo amo tanto, que me sentí morir cuando S.E. partió. Yo no podría vivir sin siquiera recibir alguna noticia suya. ¿Ve usted mi vehemencia con que lo pienso?

Suya,

Manuela

La Paz, 29 de septiembre de 1825

A Manuela la bella

Mi adorada Manuelita:

Vale más un grano de cebada que un hombre ansioso en espera de amor! Porque este es un derecho de nostalgia. Yo queme jacto de tranquilo, ¡estoy en penumbras de mi desasosiego! Sólo pienso en tí, nada más que en tí y en todo lo que tienen de deliciosas tus formas. Lo que siempre está en mi mente atormentada por tus bellos recuerdos, es la imagen de lo que imagino en perenne fervor de tu amor y el mío.

¡Tú solamente existes en el mundo para mí! Tu prístina pureza y rocío tutelar es como un ángel que

da ánimo necesario a mis sentidos y mis deseos más vivos. Por ti sé que voy a tener la dicha inmensa de gozar los placeres de este y del otro mundo (el del amor), porque desde el principio supe que en tí existe todo lo que yo ansío en mis más caros anhelos.

No tildes mi actitud de indiferente y poco detallista al igual que falta de ternura. Mira que esta distancia de un sitio a otro que tú y yo estamos, solo sirve para alimentar en mayor escala el fuego creciente de nuestras pasiones. Al menos a mí me aviva la delicia de tus recuerdos.

Olvida esa catarata de inválidas sospechas sobre mi fidelidad hacia tí, que sólo van a envejecer tu ánimo y descarriar tus buenos deseos. Recapacita en todo lo que tú no puedes negarme, aun a través de la distancia, y hazlo por mi veneración hacia tí.

Contéstame, al menos ésta que lleva la fiebre de mis palabras. Ya me cansé de hacerlo yo sin tus respuestas. ¡Oh! Ingratitud indolente. ¡Hazlo en favor de una orden expresa de tu más fino adversario en los campos del amor! Si no, atiende al próximo «Consejillo de guerrilla». Por indisciplina y subordinación, al faltar acatamientos a una orden superior.

Para la mas bella y adorada de mis oficiales, «Manuela la quisquillosa».

Soy tuyo de corazón.

Bolívar

Cuartel General de Potosí, a 9 de octubre de 1825
A la señora Manuela Sáenz

Mi hermosísima Manuelita:

Me encuentro verdaderamente eufórico hoy por haber recibido noticias tuyas, traídas por Heres. Aún no encuentro el tiempo adecuado para sentarme a escribirte largo. Mi condición exige por ahora otras pruebas y todo es pasado, sin que tenga más que comentar de los asuntos de la nueva Administración Pública aquí. Pasaré a Chuquisaca, donde me alcanzará Sandes para cuando él regrese.

Mi pasión hacia tí se aviva con la brisa que me trae tu aroma y tu recuerdo. Existes y existo para el amor, ¿o no? Ven para deleitarme con tus secretos. ¿Vienes?

Tu amor idolatrado de siempre,

Bolívar

Cuartel General en Potosí, a 9 de octubre de 1825
Al señor General de S.E. el Libertador
Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre

Mi querido Sucre:

Al haber recibido su apreciable del 7, indago mi vida pública, militar y política, para hallarme digno de tan noble causa de usted, que sólo en su magnánimo corazón pueden pensar en esa consideración de mi apellido como alternativa a la nominación de una República.

Esa ley 11 sólo debe contemplar los nombres de los héroes gloriosos por sus hazañas en bien de la Libertad.

Es cierto mi querido Sucre, que esto halaga mi orgullo, pero su nominación genérica debe variar a una consonancia femenina; pues allí radica el beneficio de emular ese territorio con la belleza de un nombre gracioso y útil, además, política, civil, y diplomáticamente.

La gloria de la Libertad, mi querido Sucre, y su causa americana, prevalecerán si en ella existen hombres que, como usted, viven para perpetuarlo.

Su afectísimo, S.E. el Libertador

Bolívar

Chuquisaca, a 23 de enero de 1826
General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Mi amor, ¿qué tal el viaje? En la faltriquera le hice poner unos bocadillos, ¿los comió usted? Eran de sorpresa, de lo mucho que lo amo, para que usted piense en mí como yo lo hago con usted. Páselo bien y recuérdeme siempre.

De su amor desesperado para mi hombre único.

Manuela

Chuquisaca, a 8 de febrero de 1826
General Simón Bolívar

Mi amor: yo me siento muy afligida por la circunstancia de usted. No puedo más con mi pasión que lo venera a Ud. Ya conoce mis sentimientos y todo lo que es para mí.

Me reanima el saberlo dentro de mi corazón. Lejos mi Libertador no tengo ni descanso ni sosiego; sólo espanto de verme tan sola sin mi amor de mi vida. Usted merece todo; yo se lo doy con mi corazón que palpita al pronunciar su nombre.

Manuela,
que lo ama locamente.

Chuquisaca, a 15 de febrero de 1826
General Simón Bolívar

Escribo muy de prisa, porque parte ahora mismo el General Sandes para la Magdalena. Me dicen que usted ya se instaló.

¿Cómo la pasa sin mí? Yo acá estoy muriéndome de ganas de verlo.

Tanto que lo adoro y usted no me contesta ninguna. ¿Se encuentra muy ocupado? Yo igual, pero siempre pienso en Ud. ¿Piensa usted en mí?

Chuquisaca, a 26 de febrero de 1826
General Simón Bolívar

Mi amor: He tenido la gran satisfacción de recibir noticias frescas que me han causado la alegría más viva, por el recibimiento en triunfo a V.E. en Lima: cosa que me honra en lo que a mí me toca. Yo también lo admiro (y no estoy celosa), y me empeño en que las cosas acá salgan bien en su nombre.

Sé que usted en todas partes es admirado y yo me halago por ello, con la confianza de que usted estará pensando en mí, como lo hago yo con usted.

Su Manuela

Chuquisaca, a 17 de marzo de 1826
General Simón Bolívar

Mi amor: Le escribo a usted diciéndole que me conteste al menos ésta. Su Manuela quiere darle el fervor de mi corazón, ¿lo recibe Ud.? yo lo amo de verdad ¡y Ud. a mí no! y punto. Se fue sin que la distancia le causare el más leve remordimiento; así está de acostumbrado.

Por compasión escríbame, para renovar al menos esa amistad, que sí la creo sincera. Si antes he querido sus halagos como una dádiva de su amor por mí, hoy lo sufro por la ausencia de usted. Si ya no me necesita ¡Dígame! Y no insistiré más.

Manuela

La Magdalena, a 16 de abril de 1826

Adorada Manuelita:

Hoy empiezo un régimen disciplinario que me será muy útil en el desempeño de mis posteriores acciones. Dormiré pocas horas, rendiré culto a la templanza y a la castidad, virtudes merecedoras del respeto del hombre.

Mis ejercicios comenzarán al despuntar el alba y mi dedicación será la correspondencia, en la que tú no serás excluida bajo el pretexto de mi condición. ¡No! Por el contrario, tu imagen absorbe mis pensamientos en la cálida hermosura de tus recuerdos, que me hacen sufrir tanto. Vital es que no me olvide de tí, pues atesoro mil esfuerzos por conseguir tales disciplinas en el intento de encontrarme más activo para cuando tú y yo estemos juntos.

Siempre tuyo

Bolívar

Lima, abril 20 de 1826

Mi adorada Manuelita:

Tu me acechas entre el lecho de las acacias y los cedros, aprisionando mi pobre humanidad entre tus brazos. Yo me entrego a tal prisión como raptado por el encanto de tu sutil sonrisa y tu audacia, en méritos estratégicos para aparecerte como Diana en los jardines de Odiseo.

Contigo estoy dispuesto a llenarme exasperado de las satisfacciones propias del amor. Este altar de Venus vale bien trocarlo por el trajín del servicio a Marte; en el que pondré también mi más caro empeño, en la magnitud de mis esfuerzos. Espérame en el huerto de «Chuquiguada», con ti vivaz encantamiento de sorpresas.

Te amo,

Bolívar

Pd. el viaje me demoró 18 días hasta Chuquisaca.

Chuquisaca, a 17 de mayo de 1826

General Simón Bolívar

Estimado señor:

Qué falta de amabilidad tiene usted, pues ya se olvidó (conmigo) de las finezas. Bien es cierto que las grandes ausencias a Ud. no le afectan el ánimo, y las tiene como pretexto para olvidarse de mí. Yo le pregunto: ¿he cometido algún pecado que no sea el darle todo mi amor, aun privándome del de mi fortuito marido? Yo digo ¡no y basta!

No me he olvidado de las obligaciones que tengo para con usted, o mejor para con el Ejército. Pero si tengo que entregar el archivo, será el último día en vísperas de mi viaje a Londres con James, ya que así lo he determinado. Le confieso que es para mí una decisión terrible, pasarme de los míos y de mi país; porque no sé con qué me voy a encontrar

allá. Usted siempre ha dicho que las cosas finas son delicadas y mi amor por usted se encuentra resentido por lo acrisolado de mi sufrimiento de saberlo mío y no tenerlo junto a mí.

No quiero que usted se forme algún concepto de que yo le hago fuerza para que me ame, ni no lo siente de verdad, ¿qué puedo yo esperar? Usted dirá que me quejo demasiado, pero es injusto su olvido y su silencio, y tan sólo le pido por favor me permita siquiera verle con los ojos antes de marcharme.

Al único hombre de mi vida,

Suya, *Manuela*

Cuartel General de Ibarra, septiembre 17 de 1826
Señor General Juan José Flores

En vista de los desórdenes de los últimos días, confiero a usted: responsabilidad en la persona de doña Manuela, para que permaneciendo en ella en Quito, su asistencia sea completa en todo orden, conforme a su bienestar personal esté por encima de toda otra obligación.

Bolívar

Lima, a octubre 4 de 1826

A.S.E. el Libertador Simón Bolívar

Ahora que usted se ha marchado por mi insistencia, encuentro más descaro en los que Ud. con-

fiaba ciegamente, y quienes se atreven al vituperio de su persona sin recato ninguno. Siga usted así y yo seré testigo de su desgracia, que no quiero.

¿Qué es usted un caballero? Acepto, pero no deje usted a los infames denigrar de su persona sin que reciban castigo merecido. Usted tiene el poder, ¿por qué no emplea? ¿Tiene recelo? Yo le digo que yo misma me he enfrentado, brazos en jarra, para disputar su honor. ¿Me ve usted a mí? Yo si pienso en usted y no me importa qué me pase, pues sabré de qué se trata. Cuídese usted, que anda sin prevención, de sus enemigos que usted no cree.

De la mujer que lo idolatra,

Manuela

Pasto, a 13 de octubre de 1826

Mi adorada Manuela:

Recibí tu carta del 29 de septiembre, justamente en el momento más ocupado; ocupación que he dejado de lado por satisfacerme y atender tus dulces palabras, que convierten a mi corazón en un reloj desacompasado por la nostalgia.

Tú sola me has robado el alma y yo me ocupo sólo de pensar en tí. Nada distrae más mi atención y mis ocupaciones que el interrogante de tu mirada sobre mi amor a tí.

¿Qué diré yo si no te tengo junto a mí? ¡Hagamos juntos un propósito? Que sea a la hora del té,

cuando tú te conviertas a mis pensamientos y los míos se vayan con los tuyos. ¿Te gusta? De todas maneras, esta conexión sólo tiene su triunfo en la esperanza que tengo de regresar y confundirme con tu aliento.

Tu amante idolatrado,

Bolívar

Ibarra, 18 de octubre de 1826

Adorada y consentida Manuelita:

Tu carta del 29 de septiembre me ha arrobado el corazón. Sólo puedo responderte con la virtud de mi vejez con la cual me siento obligado a idolatrarte. Tu prueba de amor siempre me fue dada. Tu insistes en la declaración eterna de mi amor a ti. Manuela mía, ¿acaso cree que olvido tu inquisitiva mirada cuyos ojos arrebatadores sobre el óvalo de tu rostro avivando lo suculento de tus labios? ¡No!

¡Si hablar pudiera y revivir así tu generosidad que ha alegrado mi vida con tus gracias! ¡Sólo te amo a tí! Me pides que te haga un halago: te envío un delicado arte en filigrana de oro y plata y esmalte de ese azur que te encanta, y en plata aquello que evoca el baile cuando robaste mi atención y mi devoción por tí. Quiero tocarte y verte y saborear todos tus encantos.

Tuyo de corazón,

Bolívar

Bogotá, a 22 de noviembre de 1826
Presidencia de la República
A la señora Manuela Sáenz

Mi adorada Manuelita: sólo en tí encuentro esa amistad y finura que me son tan queridas; ya que no hay nadie que guarde el respeto a su Libertador y Presidente, y quien no sienta repulsión por el manejo del Gobierno; tanto yo mismo he tenido que enfrentarme a la desvergüenza de algunos de mis oficiales, como el Coronel Ortega, por su irresponsable administración en la Intendencia de Fontibón.

Te comentaré que llegué con ánimos exaltados a Bogotá, y supe que Santander se aprestaba a desconocerme, no sin antes haber preparado a los ciudadanos en mi contra, con el fin de rechazar la reprimenda que le llevaba por sorpresa.

Hube de recatar mi valentía y coraje, por salvaguardar el orden y la disciplina por los que tanto he bregado. Solicitaré del Congreso las facultades extraordinarias, a fin de resolver bajo esta investidura las emergencias, incluida la de Páez en Venezuela.

Sin otro particular, te reitero mi adoración y amor que tanto te debo.

Tuyo,

Bolívar

Guayaquil, a 7 de febrero de 1827
General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Pensé no escribir a usted este correo por lo de Colombia, créame que me apena mucho. Por mi intuición sé que Santander está detrás de todo esto y alentando a Páez. ¿Se fija usted? Cuide sus espaldas. Voy rumbo a Quito por haber sido expulsada junto con el cónsul Azuero y el general Heres desde Lima.

En el viaje a Guayaquil, Córdoba se mostró displicente para conmigo, aunque no necesito demostraciones de afabilidad, pero si con usted y con todo lo que tenga que ver en su autoridad como Presidente de la República.

En lima apresaron al General Heres el 26 de enero pasado, junto con los otros jefes militares y en contra de la constitución Boliviana.

Bustamante encabezó esta sublevación, negándose me vea a Heres. Acudí a un amigo suyo, cosa que resulta infamatoria por el temor de éste, de que lo descubrieran. Al día siguiente (el 27) me aparecí vestida con traje militar al cuartel de los insurrectos, y armada de pistolas, con el fin de amedrentar a éstos y librar a Heres.

Mi intento fracasó por falta de apoyo y táctica (que bien que usted hubiera estado allí); fui apresada y mantenida por varios días, incomunicada totalmente, en el monasterio de las Carmelitas. Sin embargo,

varias veces pude lograr escaparme hasta la sacristía y entrevistarme con las personas que le son fieles a su autoridad de usted. Pude repartir algunos pesos entre la tropa y lisonjearme con sus debilidades; pero puesta sobreaviso de que en veinticuatro horas debía embarcarme para Guayaquil o quedar definitivamente presa, opté por salir.

Sé que usted se encuentra muy enfadado y no es para menos. Cuánto quisiera estar a su lado y reconfortarlo dándole ánimo. No se preocupe por mí; dése usted cuenta que sirvo hasta para armar escándalos a su favor. Usted cuídese. Si usted me invita voy presurosa en cuanto llegue esta.

Su amor que le ama con locura.

Suya,

Manuela

Cuartel General de Caracas, a 5 de abril de 1827

Mi adorada Manuelita:

Mucho me he preocupado por tus aventuras, y más el que te torturen en mi nombre cuando se entienda el riesgo de tu vida en esas circunstancias. Yo, el glorioso Bolívar, tengo que decirte que no esperaba una satisfacción tan grande para mi corazón, que el sentirme pletórico de confianza por esa amable locura tuya. Gracias a la Providencia te encuentras bien y a salvo. Te ruego disculpar mi indolencia al no escribirte, pero más de un asunto me trae de cabeza.

Tu hazaña ha dejado la huella del respeto que te mereces, pero también ha sembrado la semilla del rencor y odio gratuitos, que nos son comunes y semejantes, cuanto más al estar juntos.

Yo he dado las órdenes pertinentes respecto al Perú, que no debe preocuparte. Acá no son lisonjeras las noticias ni agradables consejos; pero mi alma vela por una Patria desprovista de toda ambición infame. Todo está arreglado con Páez, pero con Santander va de largo; espero arregles tus asuntos en Quito, y deseo con todo mi corazón verte nuevamente; ven a Bogotá. Lo espero con un ansia infinita, que colma mis pensamientos. Yo la amo a usted querida mía de gratitud. Venga usted resueltamente.

Soy con toda consideración y sentimiento de amor para mi Manuela.

Bolívar

Tushaco, 1 de agosto de 1827

Señor Jerónimo Torres

Mi respetable amigo:

Desde que se instaló el Congreso he visto continuamente y con placer las opiniones que usted ha emitido en él, y las defensas que usted ha hecho de mi reputación y de Manuelita, que se han querido manchar con los colores más negros. A la verdad, tengo mucho que agradecer a usted, digno hermano de don Camilo.

Los negocios del Sur y el estado general de la República me llevan a toda prisa a la Capital, donde espero llegar muy pronto; pues que no he ha sido posible abandonar la Patria y a mis amigos cuando se hallan amenazados de muerte. De este modo tendré el gusto de abrazar a usted dentro de muy pocos días.

Hemos visto con satisfacción que el Congreso ha decreto la Gran Convención. Honor a aquellos que como usted han preferido los intereses del pueblo a las facciones anejas.

Entretanto créame usted siempre su afectísimo amigo,

Bolívar

Bogotá marzo 26 de 1828

Adorada Manuelita:

Gracias doy a la Providencia por tenerte a tí, compañera fiel, sus consejos son consentidos por mis obligaciones, tuyos son todos mis afectos. Lo que estimas sobre los Generales del Grupo «P» (Paula, Padilla, Páez) no debe incomodarte; deja para las preocupaciones a este viejo, todas tus dudas. Espero seguir recibiendo tus consideraciones, como el amante ansioso de tu presencia.

Te ama

Bolívar

Bucaramanga, a mayo 18 de 1828

Mi adorada Manuela:

Me encuentro aquí, solo, en esta ciudad que me turba con las noticias que a diario recibo de las deliberaciones de la Convención de Ocaña; sé que me falta tu consejo y tu presencia, aquí donde todo me es ingrato.

La Gran Colombia se sumerge en la discordia de los partidos y no queda otro camino que sucumbir o la dictadura. ¿Qué me aconsejas?

Mi fiel acompañante Lacroix toma nota minuciosa de mis descargas de ánimo, y me dice durante largas jornadas de conversación, que la Patria y la historia me deben todo. En eso concuerda contigo, y me hace recordarte. Pero no solamente esa nostalgia te trae a mi mente; pues se trata del ansia con la cual mis sueños se iluminan con tu mágica sonrisa. Sí, aún añoro esos besos tuyos y tus fragancias.

Tuyo,

Bolívar

Bucaramanga, junio 7 de 1828

Al señor general José María Córdoba

Mi querido General:

Declino mi actitud de reserva ante la injusticia que se hace al emplear, por parte de algunas gentes sin escrúpulos, el nombre de Manuela, mezclándola

en asuntos que esta señora no tuvo que ver jamás.

Usted conoce bien mi personalidad y no existe ni existirá nada que cambie a un ser que nació amando la libertad. Ella es también Libertadora, no por mi título, sino por su ya demostrada osadía y valor, sin que usted y otros puedan objetar tal.

De este raciocinio le viene el respeto que se merece como mujer y como patriota. Venza usted su prevención, que yo sabré corregir toda suerte de desmanes que, de conocerlos, no toleraré jamás. En esto conocerá usted mi fuerza de carácter, ante lo que sea evidente. Soy de usted su amigo.

Bolívar

PD. Recapacite usted, a sabiendas de que no existe razón para este disgusto.

Bolívar

Bogotá, julio 29 de 1828

Simón mi hombre amado:

Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío; pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona de toda esa confabulación que está armando Santander.

¡Dígame usted! Que por esto pesqué el resfrío; por asistir a una cita. Supe esta tarde, a las 10, los planes malvados contra su Ilustre persona, que ya perfeccionan Santander, Córdoba, Crespo, Serena y otros, in-

cluidos seis ladinos. Incluso acordaron santo y seña.

Estoy muy preocupada, si me baja la fiebre voy por usted, que es un desdichado de su seguridad.

Manuela

Bogotá, agosto 1 de 1828

General Simón Bolívar

Señor mío:

Le ruego por lo que más quiera en este mundo (que no soy yo), no asista a ese baile de disfraces; no porque usted se encuentre obligado en obedecerme, sino por su seguridad personal, que en mucho estimo, cosa que no hacen sus Generales, ni la guardia.

Desista usted ¡por Dios! De esa invitación, de la cual no se me ha hecho llegar participación, y por esto haré lo que tenga que hacer, en procura de su desistimiento. Sabe que lo amo y estoy temerosa de algo malo.

Manuela

Bogotá, agosto 7 de 1828

Señor General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones de la bajeza en que han incurrido Santander y los otros en prepararle a usted

un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; pienso que sólo soy mujer. Pues sepa usted que sí, además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la vigilia que guardo sobre su persona que me es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro, no dé usted la oportunidad, pues han conjurado al golpe de las doce, jasesinarlo! De no escucharme usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.

Manuela

Bogotá, agosto 29 de 1828
Presidencia de la República
Al señor Próspero Pereira Gamba

Estimado señor y amigo:

Recibí su apreciable del 16, en la que plasma con calidad sus impresiones, y que me ha llenado del afecto de mis caros amigos.

Usted tiene la delicadeza de ir profetizando como Piscía la largura con que mis amigos ven el porvenir de mi unión con Manuela, «da bella». Sí mi querido Próspero, usted encontró en ella la dulzura de su trato, y yo tengo el privilegio del halago de sus encantos, en los que Afrodita envidia su cálida hermosura derramada sobre mi existencia, en un derroche de vibrante juventud, que hace de esa quinta la alegría con la cual usted encontró junto a su dignísima esposa doña Petrona, la hospitalidad de Manuela.

Ella representa la virtud sobrecogedora de la amistad de esos pueblos del Sur de Colombia para con sus compatriotas. Usted la define como «graciosa» y «hermosa», además de galante y amigable en su conversación. Escudriña usted bien la personalidad de ella; sólo que en Manuela hay algo diferente: sobresale su cultura, pues ésta nace de la avidez con que cada nueva lectura llega a sus manos, amén de aquellas que conoció antes.

Sepa usted mi estimado amigo, que me siento muy feliz de su apreciable, al saberme tan dignamente representado con toda lucidez y detalles por mi Manuela, en quien deposité la responsabilidad de ser la anfitriona de «Colombia».

Salude usted de mi parte a su dignísima y guárdeme usted en su corazón con la amistad que usted se digna distinguirme.

Dios guarde a ustedes. Su afectísimo amigo,
S.E. el Libertador y Presidente

Bolívar

Bogotá, septiembre 21 de 1828

Señor Francisco de Paula Santander

Señor:

A propósito del suceso nefasto para la causa insurgente de quienes buscan mi vida, no escapa el que ciertos estos de ánimo míos me afectan cuando yo debo entenderme, aun en estas circunstancias, con

personas como usted, a quienes debo expresar mi actitud, dándoles una satisfacción más, y expresando así mi espíritu plagado de desengaños.

Mi vida, es cierto, son mis actos; pero juzgo que no existe el alma que me alcance en la virtud de tomarla, a la par de la suya. Mucho de la alabanza me ha hecho daño. Sí, pero concibo que los pueblos harán de mí su propia historia, con criterio y juicio, sin colmarla de lisonjas, ni heroicas leyendas; todo sí, asistido con la mas pura y ceñida realidad.

Vea usted por usted mismo. El que yo haya redactado esa Ley del 20 del próximo pasado, censurándole y destituyendo su persona de su anterior cargo de la Vicepresidencia, entre otros asuntos, y quedando éste suprimido, no alienta a la reconciliación. Puede usted discrepar con respecto a mi actitud, como ha lo ha hecho, mal interpretando esta ley, que sólo es salud de la República, diré en substancia que queda como lo dice el Decreto: un nuevo sistema de Gobierno regido por un Consejo de Estado, bajo mi Presidencia, con poderes especiales conferidos por el Acta del Congreso del 13 de junio.

En mi ausencia presidirá el Consejo el Ministro Secretario de Estado más antiguo. Tomo esta decisión, no por dar más que el alivio a la Patria de lo horrendo de la conjura de la cual se me hacía víctima, y de la que usted es tan ajeno como Córdoba. No vacile usted en enfrentarme si esa es su estima.

Probaré que es útil en la consecuencia dar paz y tranquilidad, porque no deseo transigir de aquí en adelante por este siguiente motivo: Manuela es para mí una mujer muy valiosa, inteligente, llena del arrojo, que usted y otros se privan en su audacia. No saldrá (ahora menos) de mi vida por cumplir caprichos mezquinos y regionalistas. La que usted llama «descocada», tiene en orden riguroso todo el archivo que nadie supo guardar más que su intención y juicio femeninos.

Pruebas de la lealtad de Manuela se han aparecido en dos ocasiones: el 10 de Agosto, en la celebración del aniversario, comprometiendo su dignidad sólo para hacerme retirar del sitio de mis enemigos y salvar mi vida. ¿Qué no hubo tal para semejante excusa? Pregunte usted a don Marcelo Tenorio. Yo no me fío de las habladurías; ella misma me explicó este suceso, aun con el temor de que la corriera de Santa Fe.

¿Puedo yo ante la verdad elocuente desoírla? Dígamelo usted o disuádame de lo contrario, que en usted veo aún dignidad por su posición; pretendiendo que yo he obrado a la ligera y que ella se sobra en mis decisiones. ¡Jamás! Si bien «confío en Manuela ciegamente», no ha habido la más leve actitud en la persona de ella que demuestre desafecto o deslealtad; en fin no ha defraudado mi confianza.

Como supuesto todos saben que en mi recia personalidad no toleraría jamás una afrenta a mi dig-

nidad, y por esto, Manuela no recogerá el fardo asqueroso de la desvergüenza sólo por ser mujer. Quienes así la denigran, se cargan con la miseria de su maledicencia, y la corrupción de sus palabras atraganta sus pescuezos ávidos de la horca.

Si por esta útil y justiciera defensa me tildan con el oprobio insufrible de «tirano», no me queda más que recurrir al espacio de la historia, donde se contemplan los actos de los hombres a quienes la justicia divina da, en reciprocidad, el justo premio a sus virtudes, o el castigo a sus infamias.

Dios guarde a usted

Su Excelentísimo el Libertador
Bolívar

Cuartel General en Ibarra.

2 de noviembre de 1829

Mi adorada Manuelita:

mi amor, tengo el gusto de participarte con albricias la conclusión del tratado de paz con el Perú, que fuera firmado y ratificado el 22 de sept. pasado; para dar así, la anhelada paz a la Gran Colombia.

Próximamente salgo en camino hacia Popayán. Muy pronto nos veremos. Estoy terminando un oficio que enviaré al Ministerio de Relaciones Exteriores, para prevenir al Consejo de Ministros que suspenda toda negociación sobre monarquía, y deje al próximo Congreso decidir sobre los intereses de

esta Nación. Creo firmemente, con estas disposiciones, acabar con esa odiosa propuesta que empaña la gloria de la Libertad. Guárdame en tu corazón y cuéntame los pormenores de la política. Te diré que pienso firmemente en apoyar a Sucre como mi sucesor. Ojalá sea respaldado por todos.

Te ruego prepares algo de esto, que me interesa mucho por el futuro de la Gran Colombia. Mi amor, espérame con esa ansia con que te dignas amarme.

Soy siempre tu más fiel amante, de alma y corazón,

Bolívar

Soledad, 10 de septiembre de 1830

Adorada Manuelita:

Tu conducta y la mía, que estrechan nuestra relación con el cúmulo de la sensualidad que corre por tus venas y las mías, le dan sentido a esta pasión enfermiza el desenfreno de mis sentidos irritados por el mal que ha invadido ya mi pobre humanidad. Y todo esfuerzo que consigo por el trajín continuo del trabajo intelectual y físico, casi desborda en el vivo interés que me hace recordarte.

No te hagas esperar, ven por favor, te ruego, pues muero ahora y sé que tú me piensas vivo.

Soy tuyo,

Bolívar

Cartagena, a 20 de septiembre de 1830

Mi adorada Manuelita:

Tu me reprochas el haberte dejado. ¿Acaso no fue siempre lo mismo? Temprano el día, sin el calor de tu cuerpo, era el mismo vacío en esa estancia. Las circunstancias adversas de estos dos pobres seres mendigos del amor, lo impidieron todo.

Ahora viejo y sin fuerzas, sólo tú eres la inspiración de lo que en mí agoniza. Un hombre como yo, metido en esta rutina que martiriza mi alma, siente la necesidad de tu compañía.

A los demás no les tolero; es más, provocan en mí lo impredecible de mi conducta, y con denuestos inmerecidos les respondo a quienes siempre me han servido.

Ven, te ruego, calma mi angustia y lo senil de mis antojos.

Tuyo siempre,

Bolívar

Turbaco, a 2 de octubre de 1830

Mi adorada Manuelita:

Tu, Manuela mía, con tu férrea voluntad te resistes a verme. Tu influencia sobre mi espíritu ya no está más conmigo, y turbado por las circunstancias de la amistad y el dolor de separarme para siempre de la Patria, que me dio vida, no encuentro consuelo.

Epistolario

Donde te halles, allí mi alma hallará el alivio de tu presencia aunque lejana. Si no tengo a mi Manuela, ¡no tengo nada! En mí sólo hay los despojos de un hombre que sólo se reanimará si tú vienes. Ven para estar juntos. Ven te ruego.

Tuyo,

Bolívar

Cartas sin fecha

Simón

Mi hombre idolatrado

Señor: no siga más enfadado conmigo; usted sabe que yo no tengo la culpa, ¿sí? No pensé encontrar esas gentes en su casa, señor ¿cree usted que puedo verle? Cuando usted estime conveniente atenderé su llamado. ¿Me perdona usted?

P.D. ¿Comió el almuerzo? Lo preparé para usted.

Suya,

Manuela

Simón

Mi amor: Mi Simón triste y amargado. Mis días también se ven rodeados por una huraña soledad, llena de la nostalgia hermosa de su nombre.

También miro y retoco el color de los retratos que son testimonio de un momento aparentemente fugaz. Las horas pasan impávidas ante la inquietud ausente de sus ojos que ya no están conmigo: pero que de algún modo siguen abiertos, escrutando mi figura.

Conozco al viento, conozco los caminos para llegar a mi Simón; pero yo sé que aun así no puedo responder a ese interrogante de tristeza que ponen las luces en su rostro, y su voz que ya no es mía, ya no me dice nada.

Manuela

General Simón Bolívar

Señor mío, mi amor: no me basta decir te quiero; por eso lo escribo, por la necesidad y el apremio de mi pecho.

Quiero grabarlo en las nubes, en el cielo de mi Quito quiero; en el Pichincha es mi anhelo, y en su Colombia como una antorcha, inundada de luz por nuestro amor y por la Gloria.

Lléveme con usted al mismo abismo, donde grito y ruego que lo quiero. Deje Ud. allí crecer mis besos y esos besos suyos bajo el sol de la esperanza y en silencio, como crecen las flores, en esa tierra suya donde vieron nacer su hombría y sus desvelos.

Su Manuela

Simón

Mi amor: hay algo en usted que nunca he conquistado; es algo que no me pertenece, me conturba y estremece, algo en ese amor suyo que aún no he encontrado: atormentado e indefinible. Yo tengo ansiedad en las noches y no amanece, como un suplicio voraz que come y crece entre está mi carne viva allí escondida.

Mi llanto y mi voz son mis espantos. Grito en el abismo, sin eco y sin resuello. Amor, Simón, mi daga interna. ¿Por qué, si hasta su nombre me levanto, hay algo en usted que nunca se me entrega?

Dígame usted,

Manuela

Mi Simón:

En mi soledad y desesperación gimo por la ausencia de usted ¡No ve que es agonía! Dele un poquito de su amor a su amor que lo venera. No se haga usted a ruegos, que usted no es de esa calaña. Yo oigo dentro de mi misma la voz de usted; ¿por qué se niega usted a verme? ¿No es suficiente lo que le digo, o me cree usted loca? ¡Si lo estoy, y perdida! por su culpa de usted, ¿cómo no estarlo? Téngame compasión, sí, no se olvide de mí. Sabe que soy sólo suya.

¿Quiere que vaya? ¿Viene usted?

Manuela

General Simón Bolívar

Muy señor mío: escribo esta para hablarte de otro tema, ya que me siento en calma, pues recibí su apreciable del 5. ¡Ve que sí puede ser amable conmigo? Tres leguas no son camino para usted. ¿Por qué no viene a visitar a su más fiel amiga y conversar sobre lo que me dice de la libertad de palabra?

¿Juzga usted mis actos? Pues le diré: ésta distingue al hombre de las bestias, y marca el límite entre el rugido y la maledicencia. Convierte a cada hombre en actor de su misma tragedia o en legislador de su Patria.

Si una palabra sola puede cambiar el curso de la historia, otra palabra en la oscuridad derrota la tormenta.

Amor,

Manuela

General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Sobre esos sueños suyos que tanto le preocupan, pienso que nada hay más normal que un hombre ligado a la guerra vea en sueños esos rostros que se desfiguran y esos hombres que desaparecen bajo la garra cruel de la muerte, oculta detrás de las montañas.

Mi Simón, no piense usted en eso, dele un vistazo a su trayectoria, su benevolencia y el favor que usted hizo

libertando estos pueblos, y olvide la villanía con que se manifiestan. Usted siempre ha querido la paz y ésta ha tenido que escribirse con sangre y, desafortunadamente, esculpida con a piel de los que han muerto.

Olvide usted esos fantasmas que tanto daño le hacen y piense en alguien hermosa como su

Manuela

Mi adorado Simón:

Este último mes ha sido de conversar con usted. Yo me siento muy feliz de leer sus apreciables que ahora recibo con mayor frecuencia. Me hace recordar la fruición con que nos escribíamos en Perú.

He de preguntarle ¡a qué tanta ley santanderista? sólo sirven para desplazar su autoridad cada día más del Gobierno. ¿No se da usted cuenta? Pare ya eso. Después no dirá que no se lo advertí. Yo tengo mis reservas con el tal Carujo; no voltee ante ellos nunca sus espaldas.

Si quiere le mando el almuerzo con patacones como a Su Excelencia le gusta.

Manuela

General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Dice usted que sabe y conoce cómo es mi amor hacia usted. Sin embargo le escribo a usted ésta y le

nombre siempre. Así soy yo, que sí me entusiasmo por usted sólo con nombrarlo. No tengo otro ali-ciente, ¡no! porque ni siquiera usted me contesta. ¡Tanto le cuesta hacerlo? ¿Será que ya no soy la due-ña de sus sueños? Dígamelo usted sin ambages, que yo de frágil no tengo nada. Sólo con mis delirios de grandeza junto a usted me consuelo.

¡Desvaríos, desvaríos! Ojalá usted en los suyos me tuviera.

Manuela

Manuela mía:

Mi más profunda pasión y mi total fidelidad se-rán la muestra de la entrega a la mujer única que adoro con todo mi corazón.

Yo no deseo más que estar en tus brazos. Mis pensamientos se iluminan con tu hermosura, que tras-pasa los horizontes para venir a mi encuentro, y tal suceso hace que mi corazón se incline a tomar una decisión muy firme: no me separaré más de mi Manuela.

El amor de tu vida,

Bolívar

Carta del General Antonio de La guerra a su esposa*

Paita, diciembre 28 de 1856

Amadísima Pepa:

No sabes mi amor cómo me siento aquí tan alejado de tí y que sólo las circunstancias que tú ya conoces no me permiten disfrutar de las festividades en Lima junto a tí. Mi consagrado amor contesto tu carta del 12 que me ha llegado adelantada a la que te he enviado el 5 de los corrientes. Me preguntas por mi bienestar y mis proyectos: ¡Amor! Nada deseo más que reunirme contigo y los míos; como de dar mis servicios a la nueva República si ella los demandara.

Sobre Manuela ya sabrás su suerte para cuando te llegue ésta; en la que te comento pormenores de la desdicha; luego de haber sido enterrada en el cementerio local, se dispuso de sus bienes sin que hu-

* Facsimil de la presente carta al principio de esta edición.

biera motivo de recato en las autoridades de sanidad, procediendo en cercar los linderos de la casa y vecindades en quemar todo y cuanto conviniese por haber estado en contacto con las enfermas. Te confieso haberme sentido resentido ante tal procedimiento, que acompañado de dos negros a mi servicio previos informes de no haber rondadores por ahí, nos introducimos en la parte posterior que aún quedaba en pie y de entrada a la cocina que dá con el patio y la huerta, pudiendo rescatar algunos objetos que no lograron todavía consumirse por el fuego de la canalla; un arcón de madera con sus cantos en cuero repujado; quemado en el frente y costado que contiene un proceso sobre Manuela y gentes de su simpatía, como de sus sirvientes en Bogotá; así como documentos y cartas confidenciales de S.E. el Libertador Simón Bolívar, así como del Mariscal Sucre y otros documentos; un San Vicente de madera, una Santísima Virgen María con el niño, un Santo Cristo, una Virgen del Cuzco, una platina en cobre con la Virgen de la Merced de Quito, y un Cristo.

Estoy vivamente conmovido por el celo con que nuestra distinguida amiga guardó esos recuerdos del Libertador y como la ignominia cayó postrera a su descanso, pues pudo más la infame venganza de sus detractores que la noble causa a la memoria de tan insigne hombre.

Adorada Pepa no enturbio más tus sentimientos con detalles que sólo afectan a la paz de tu belleza y

de tu corazón muy mío, confío en que algún día pueda regresar a tu lado y permanecer juntos para siempre.

Tu amadísimo esposo

Gnral. Antonio De La Guerra

Q. Dios guarde a V. Merced.

P.D. Mi amor estoy enviándote un lienzo de la Manuela como recuerdo de esa vieja amistad que fue para nos. El cual saqué de su marco par mejor y prudente transporte, de todo es lo que en mejor estado se encuentra.

Palabras Finales

Sé que los documentos que el amable lector acaba de leer van a despertar ampollas en los historiadores de las clases dirigentes. Todos ellos han seguido los valiosos documentos de los archivos de Bolívar, recopilados por O'Leary, Blanco y Azpurua y con una finalización magistral de don Vicente Lecuna, y son para ellos, los únicos valederos para el estudio de la vida y escritos de Simón Bolívar.

Que causen ampolla es el objetivo de la Fundación que tiene en memoria digital la más completa recopilación de documentos de Bolívar. Esto, porque los historiadores han colocado en el pedestal del héroe a Bolívar: el Libertador, el genio de América, etc., conceptos que quedan en el aire y se pueden elevar o mancillar sin que Bolívar sufra desmedro. Se ha escondido al hombre, al que vive, sueña, ama, y proyecta con todas las dificultades del corazón y del medio. Han mancillado el amor de Bolívar y

Manuela, como en el año de 1886 un señor Blanco mandó a quemar las cartas de amor de Bolívar, porque el héroe no puede amar, y cuando una señora Holguín, asaltó los archivos de la Academia de Historia de Ocaña y extrajo las cartas de Bolívar a Bernardina Ibáñez, porque «*en su familia no podía haber putas*». Con esta óptica histórica nos han hecho la historia con oscuros intereses de formar héroes efervescentes, a los que se ha traicionado pero que no se pueden olvidar por su gigantesca obra humana, basada en el amor por la vida y la proyección de un mundo Latinoamericano autónomo, que fue traicionado por los emancipadores que acompañaron Bolívar, y por sus herederos para convertir a la América en un continente vasallo, hambriento y limosnero del Imperio

Los documentos anteriores muestran la cara oculta de Bolívar, EL HOMBRE.

Aquí les queda a los historiadores ese «*trompo en la uña*», para que se devanen los sesos sobre las autenticidades, explicadas con lujo de detalles por los primeros editores de los «*Diarios perdidos de Manuela Sáenz y Otros Papeles*»

Fundación Fica
Bogotá Julio de 2005

«Los diarios perdidos de Manuel Saenz y otros papeles se terminó de imprimir en los talleres de FICA, el 7 de agosto de 2005, en un aniversario mas de la Batalla de Boyacá.

Simón
"Mi hombre idolatrado"

Señor: no siga mas enfadado
conmigo, usted sabe que yo no
tengo la culpa ¿sí? No pense
encontrar esas gentes en su casa,
señor, cree usted que puedo verle?
Cuando usted estime conveniente
atenderé a su llamado.

Me perdona usted? P.D. —
¿Comió el almuerzo? Le prepararé
para usted.

Amaya
Manuela

* Volumen normal: \$12.000,00

FiCa

FUNDACION PARA
LA INVESTIGACION
Y LA CULTURA

gerrimo@cablenet.co

ISBN 958-8239-07-9



9 789588 239071